El Rey Galaor

Villaespesa



FRANCISCO VILLAESPESA

EL REY GALAOR

TRAGEDIA

TRES ACTOS

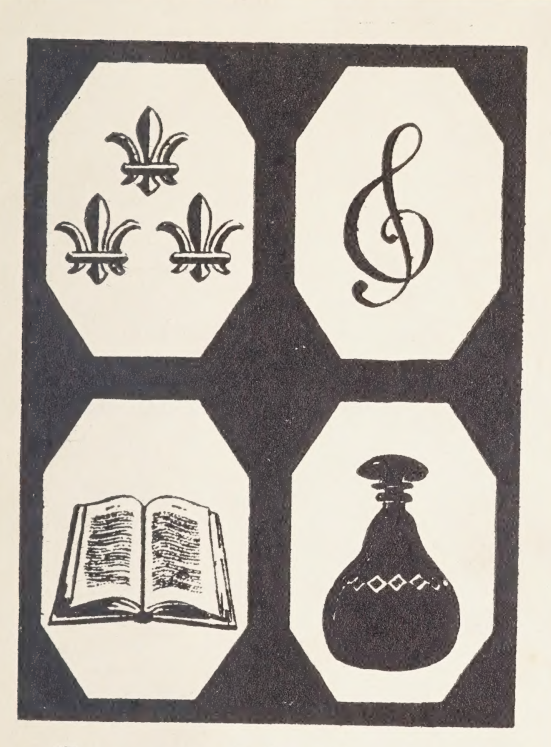
Capital: $ 0.20
Interior: $ 0.25

N.º 63

FRANCISCO VILLAESPESA

Entre los poetas españoles contemporáneos se destaca con relieves propios la personalidad de Francisco Villaespesa. Sus preciosas producciones poéticas, entre las que son dignas de citarse *Intimidades* (1898), *El Jardín de las quimeras* (1909), y numerosísimas otras, lo revelan dotado de una delicadeza excepcional; es un artístico cincelador del verso, de rara maestría y un poseedor profundo del idioma que rinde culto a las inmortales fuentes del mismo, exaltando su originaria belleza, si bien a veces, influenciado por las modernas tendencias literarias.

Su labor teatral es igualmente valiosa. La crítica ha querido restarle algo de su mérito; pero es innegable que por la belleza de la versificación, la intensidad emotiva y la acción, obras como la que hoy ofrecemos a los lectores de *Teatro Clásico*, pueden ser consideradas como hermosas y dignas de conquistarse el éxito.



James M. Smith

FRANCISCO VILLAESPESA

EL REY GALAOR

TRAGEDIA

TRES ACTO



BUENOS AIRES

1924

PERSONAJES

EL REY GALAOR.

GUDULA.

SIBYLA.

EL DESCONOCIDO.

SEGISMUNDO.

HAROLDO.

La acción en un país fabuloso.—Edad Media.

EL REY GALAOR

ACTO PRIMERO

Un salón grande y taciturno revestido de viejas tapicerías; un amplio ventanal gótico, por cuyos huecos se ve el mar encrespado. A la izquierda, una puerta. Crepúsculo. Todo aparece en una dudosa claridad de misterio, donde las figuras vagan como sombras.

ESCENA PRIMERA

(*Al alzarse el telón aparecen HAROLDO en la ventana, contemplando el mar, y SEGISMUNDO a su lado. El primero, armado de un arco.*

HAROLDO

¡Segismundo, mira cuántas
gaviotas sobre el mar!
En los ásperos cantiles
se les siente aletear,
con un zumbido de enjambre
que torna a su colmenar;
chillan; en el mar se arrojan
vuelan de acá para allá,
como si temiesen algo
que esté próximo a llegar...

SEGISMUNDO

¡Chillidos de gaviotas
son signos de tempestad!

HAROLDO

(Mostrando el arco y sacando una flecha del carcaj.)

Hombres no cacé en la guerra,
ni gacelas en la paz...
Para que no se enmohezcan
las flechas de mi carcaj,
sobre esas aves errantes
mi brazo voy a probar.

(Mirando y extendiendo el arco.)

Sobre aquella... La más alta...

(Dispara el aroc. Segismundo se asoma a la ventana.)

SEGISMUNDO

¡Buen blanco!

HAROLDO

¡Cayó en el mar!

(Inclinándose en el barandal.)

¡Igual que un vellón de espuma
se ve en la espuma flotar!...

(Deja el arco apoyado en la ventana y se dirige al centro de la ecsena.)

Para el que es joven y siente
en sus venas estallar
la vida como un incendio;
para el que anhela luchar,
y ama el peligro y la guerra,
y gusta amores trovar,
es lo mismo que un sepulcro
este palacio real.
Bien está, que Galaor,
para quien la vida ya
tan sólo tiene recuerdos,
se encierre aquí a recordar,
al rescoldo de la lumbre,
y entre las manos la faz.
Mas el que no tiene una
hazaña que relatar,
cuando su cuerpo se curve
bajo el peso de la edad,
¿qué le contará a sus nietos

al resplandor del hogar?
(Desdeñosamente.)
¡Que mató una gaviota,
y que una vez, de un rosal,
cortó las rosas más frescas
para adorno de un altar!...
(Pequeña pausa.)
¿Esta es la corte del rey
cuyo nombre hizo temblar
a los más fieros caudillos?
¡Mejor me valiera estar
encerrado entre los muros
de mi castillo feudal;
cazando en aquellos bosques,
galopando en mi alazán,
con el halcón en la diestra
y en el cinto el yatagán;
o escuchando a los juglares
amantes trovas cantar,
bajo las arcadas góticas
de un palacio provenzal,
o de fraile en un convento,
o de pirata en el mar!

SEGISMUNDO

Trovando en dulces cantares
su amoroso desvarío,
ya no alegran los juglares
las veladas familiares
de este alcázar mudo y frío.
Ni sangrientas las miradas,
por las rápidas visiones
de las presas codiciadas,
en alcándaras doradas
aletean los halcones.
Ni al clamor de los clarines,
que evocan viejos laureles,
tienden al viento las crines,
relinchando, los corceles
de los nobles paladines.

Las puertas están cerradas,
y en las panoplias obscuras,
entre el polvo arrinconadas,
se enmohecen las espadas
y las viejas armaduras.
Galaor está sumido
en honda desolación...
¡De tanto como ha sufrido,
tiene el corazón transido
y ha perdido la razón!
Y hasta su hija, que era
su única dicha, heredera
en negra torre aprisiona
de su cetro y su corona,
como si fuese una fiera.
Con tal saña la ha encerrado,
la guarda con tal cuidado,
que desde que vive presa
ninguno ver ha logrado
el rostro de la princesa.

HAROLDO

¡Qué locura!

SECISMUNDO

¡No es locura!

(*En voz baja misteriosamente.*)

Exalta su fantasía
una vieja profecía
que el fin de su estirpe augura.
Desde entonces, receloso
vive de todo. ¿En la paz
de la noche, no le viste,
desenvainando el puñal,
la cabellera revuelta,
muda y pálida la faz,
por los largos corredores
como fantasma vagar?
A veces, salta del lecho,
dando gritos, y se va
las puertas y las ventanas

del palacio a vigilar,
cual si temiese que alguien
por ellas pudiese entrar...
En vano los caminantes
piden hospitalidad,
que para todos, las puertas,
siempre cerradas están...
Ahora, subido en la torre
más alta, está viendo el mar,
cual si esperase a lo lejos
a algún bajél divisar...

HAROLDO

¡Está loco! Mas ¿qué importa?
Ya que no puedo esperar
aquí ni amores ni fama,
procuremos recordar,
en este laúd que he hallado
una trova que hace tiempo
escuché a un viejo juglar.

(*Coge un viejo laúd que hay encima de un sillón y se pone a templarle.*)

SEGISMUNDO

¡Como Galaor la oiga
mal lo vamos a pasar!

HAROLDO

Está entregado a sus furias...
Sibyla la aprenderá,
y podrá con sus cadencias
alegrar su soledad.
(*Pulsa el laúd y canta.*)
En la calleja desierta
vibra el alma de un laúd.
¡El amor llama a tu puerta!...
¡Sal a abrirle, Juventud!
¡Sal a abrir al Prometido,
toda trémula de amor,
sin más velos que el tejido
de rosas de tu pudor!

ESCENA II

(*Dichos y GALAOR, que entra colérico. Haroldo se queda inmóvil y Segismundo se inclina.*

GALAOR

¿Quién se atreve en este sitio
cantos de amor a entonar?

SEGISMUNDO

¡Señor!... (Temblando.)

HAROLDO

¡Señor!.... No sabía... (*Balbuciendo.*)
¡Perdón! ¡Perdón! (*Cae de rodillas.*)

GALAOR

¡Basta ya!
Rompe el laúud, que su notas
en mi alcázar suenan mal.
Arroja a la mar su restos...

(*Haroldo, etmblando, rompe el laúd y arroja sus pedazos al mar.*)

¡Y si vuelves a cantar,
yo te juro que con ellos
a pudrirte irás al mar!...

(*Como temeroso, observando desde el ventanal.*)

El oleaje se encrespa.
Se acerca la tempestad.
Antes que la noche llegue,
todas las puertas cerrad,
que no vayan los fantasmas
con la sombra a penetrar.

(*Se sienta junto a la vantana. Haroldo y Segismundo se inclinan y se van silenciosamente.*)

ECENA III

GALAOR, sentado en alto sitial de respaldo blasonado, junto a la ventana.

¡Dejadme, pensamientos! Vuestros picos de acero devoran mis entrañas... ¡Una tregua os suplico!

¿No veis que de tristeza y de terror me muero
bajo el bárbaro y duro furor de vuestro pico?
Mi alma es como una llaga que de sangrar no cesa.
Toda mi carne se abre como una inmensa herida...
¡Son demasiados tigres para una sola presa,
y son muchos dolores para una sola vida!
Mi materia y mi espíritu son una misma cosa:
todo sangra y me duele; todo es lepra asquerosa.
(*Horrorizado, esconde la cabeza entre las manos.*)
¿Qué espero esta noche? ¿Qué invisible ladrón
vendrá a robarme ahora algo del corazón?

ESCENA IV

GALAOR permanece un instante pensativo y lúgubre, con los ojos cerrados y la cabeza entre las manos. GUDULA entra melancólicamente, con los ojos arrasados en lágrimas.

GALAOR

(*Estremeciéndose al oir pasos.*)
¿Quién es?
(*Reconociendo a Gudula.*)
¡Ah!, tú, Gudula... ¿La dejaste encerrada?

GUDULA

(*Entregándole dos grandes llaves de plata.*)
Encerrada, ¡hija mía!, lo mismo que las fieras.

GALAOR

¿Cuándo, al fin, veré enjutos tus ojos?

GUDULA

Cuando quieras
libertar a mi hija.

GALAOR

Entonces, desdichada,
jamás miraré secas las fuentes de tu llanto...

GUDULA

(*Suplicante.*)
Galaor, oye. Escucha. ¿Por qué, si la amas tanto,
por qué la tienes dentro de esa torre, cautiva?
¡La hija de mis entrañas está enterrada viva!

GALAOR

(*Piadosamente.*)
No, Gudula; yo nunca pensé hacerla dichosa,

como nunca he pensado, dulce alma lacrimosa,
darle voz a las piedras y espíritu al acero...
(Con terror, mirando a todas partes.)
Mas teniéndola presa en esa torre, espero
libertarla de aquello que está para llegar...

GUDULA

(Cayendo de rodillas, con las manos tendidas al cielo.)
¡Ten piedad de una madre desolada, Dios mío!

GALAOR

(Alzándola dulcemente.)
¿Crees que Dios, desde el cielo, tus quejas va a escuchar?
Ilusiones pueriles... Se pierde en el vacío
la voz que a Dios se eleva... Pon la vista en el mar.
Las olas que allá miras no cesan de llorar;
mas nosotros, que el hábito de escucharlas tenemos,
tan sólo las oímos cuando oirlas queremos...
¡Ay, por mucho que gimas en tu desolación,
Dios, verdugo impasible, tu voz no ha de escuchar,
pues para sus oídos nuestros gemidos son
como para nosotros los gemidos del mar!

GUDULA

(Con fe.)
¡Dios premia, tras la muerte, las penas de la vida!...

GALAOR

¿Piensas que Dios, acaso, pobre madre afligida,
cuando llegue la muerte, justicia nos va a hacer?
Pudiera ser, pudiera... Mas también puede ser
que nos mire lo mismo que al mar estamos viendo,
y olvide a los que van en la tumba cayendo,
igual que yo me olvido, después de un claro día,
de las ondas que mueren llorando en su agonía.

GUDULA

(Horrorizada.)
¡Blasfemas!

GALAOR

Si blasfemo, sólo Dios es culpable...
Dios, que mirar me ha hecho en el mar agigantado
de nuestra pobre vida el símbolo inmutable,

el símbolo que tantas veces me ha alucinado,
que eriza mis cabellos y mi terror revela,
que en sueños me apuñala y despierto me hiela...
Si ver la vida quieres, pon tu vista en el mar.
(*Levantándose y aproximándose a la ventana.*)
Abre los ojos. Mira... Allá se ven trepar
los escollos, en choques confusos de gigantes,
corriendo y persiguiéndose, las olas ululantes.
Gimen, silban, aúllan, retuércense encrespadas;
cambian besos y flores, blanden finas espadas;
tienen gestos serviles y luego gestos bravos,
arquéanse como reyes, se humillan como esclavos;
no paran, corren siempre en filas luminosas;
amenazan viriles, suplican lastimosas;
unas derraman besos, otras clavan puñales,
éstas visten de odio, y de lujuria aquéllas
despéñanse al abismo, se levantan triunfales
a las nubes, dan ayes, y al final, todas ellas,
una a una, llorando, blasfemando o riendo,
en espuma, en la playa, van todas sucumbiendo.
Cada alma es una onda. Yérguese altivamente,
quiere alcanzar el cielo y en él resplandecer,
de estrellas y de soles coronada la frente...
Después, herida, viendo su efímero poder,
cae y muere deshecha en doloroso canto...
¡Cada alma es una onda!... ¡La vida es mar de llanto!

(*Se sienta de nuevo en el sillón y Gudula a sus pies, en el suelo, sobre una almohada de terciopelo rojo, bordada en oro. Silencio corto.*)

GUDULA

¡Qué crueldad sin ejemplo! ¡Qué inaudito martirio,
tenerla así encerrada, como un cándido lirio
en mazmorra sombría... ¡Cerrada, pobre estrella,
señor, con estas llaves que pesan más que ella!

GALAOR

¡Quien te oyese, creería que yo soy un león!...
Si la dicha no fuese tan sólo una ficción,
si yo mirar pudiera feliz a la hija mía,

¡mis brazos, para darle alas, me cortaría!
¡La amo y quiero librarla del dolor que me pesa!
¡La amo mucho, y por eso he de guardarla presa!
(*Misteriosamente.*)
De noche, la Desgracia estas salas recorre...

GUDULA

(*Abrazándose a las rodillas de Galaor.*)
¡Galaor, abre pronto las puertas de su torre!

GALAOR

¡Nunca, que la Desgracia está durmiendo ahora
y es tan fugaz su sueño que a nada se incorpora!
Si le abriese las negras puertas de su prisión,
estallando de júbilo tu noble corazón,
con tan fuertes latidos tu pecho golpearía,
que la Desgracia entonces, al fin despertaría!...

GUDULA

(*Desesperada.*)
Si es así, si despierta a los más leves ruidos,
¿cómo ya no lo ha hecho al son de mis gemidos?...
(*Con dulzura, tomándole las manos.*)
¡Sácala de esa torre! Andaré yo a su lado,
vigilándola siempre con maternal cuidado,
como un ángel que cuida a un rosal muy enfermo!...

GALAOR

(*Rechazándola suavemente.*)
¡No insistas, Gudula! La flor que abre en un yermo
en paz vive y fallece. Mas las plantas triunfales
que encantan con su aroma los jardines reales,
serán decapitadas por dedos refulgentes...
¡No insistas! Del acaso las alas inclementes
vibran sobre nosotras cual desnudas espadas...

GUDULA

¡La bondad de Dios!...

GALAOR

Desde las torres elevadas
nadie ve las hormigas entre el polvo pasar...
(*Lleno de un nuevo terror.*)
¡Ay! ¿Quién no teme a aquello que está para llegar?...
¡Quién no siente el espanto de lo que ha de venir,

es un ciego sin guía ni bordón, que imprudente
cruza un estrecho puente, tan ruinoso, que siente
las tablas carcomidas bajo sus pies crujir!
(*Pequeño silencio.*)
Atiende bien, Gudula. Una vez, era mayo,
iba alegre de caza, en mi caballo bayo,
entre risas de pajes y cantos de halconeros,
cuando al cruzar un bosque de verdes limoneros,
el nervioso corcel, viendo en la hierba en flor
palpitar una hoja, llenóse de pavor,
y conmigo lanzóse en tenebroso abismo...
Exponiendo la vida, con leal heroísmo,
el más fiel de mis pajes, el noble Segismundo,
del fondo del barranco me extrajo moribundo.
Allí cerca se alzaba tu castillo feudal,
y a él me llevaron. Nunca tu mirada se había
—ni siquiera en un sueño—cruzado con la mía.
Mas, al volver del trágico letargo de mi mal,
junto a la cabecera de mi lecho te vi
como a un ángel. ¡Tus manos, al curar mis heridas,
eran tan luminosas, tan dulces, tan pulidas,
que llorando de gozo, al Señor le pedí
que mi cuerpo de nuevo fuese una sola llaga!...
De ti quedé prendado... ¡Y aun recordar me halaga
aquellas dulces horas! "Que me amabas", decías...
¡Oh, qué sueños de amores!... Al cabo de unos días
bendijo un arzobispo, Gudula, nuestra unión...
Pareciónos, entonces, ciegos por la pasión,
que el uno para el otro habíamos nacido,
como nacen dos aves para formar un nido,
y que al verte en la cuna sonreir amorosa
Dios decretado había que tú fueses mi esposa.
Mas, meditando un poco, fué una hoja agostada
la que unió nuestras almas...

GUDULA

(*Interrumpiéndole.*)

¡Hoja por Dios mandada!

GALAOR

¿Por Dios?... ¿Por el Acaso?... ¿Quién afirmarlo puede?

Tan sólo sé que todo cuanto aquí nos sucede
tiene tantas raíces y tantos, tantos frutos,
que no doy paso en esta vida de horror y lutos,
sin que no me estremezca de terror al pensar
los males que este paso me puede ocasionar!...

GUDULA

Mas, Sibyla, ¿qué tiene que ver con todas esas
penas? Cantan felices otras nobles princesas...
Para ellas es la vida eterno amanecer...

GALAOR

¿Felices? Mas ¡qué pronto lo dejarán de ser!
Casarán las princesas y serán reinas luego,
se llenarán de hijos, y mil llagas de fuego
devorarán tenaces su carne corrompida...
¡Ay de los que se atreven a dar a un hijo vida!
¡Ay de los que se arriesgan! El hombre y la mujer,
de los más negros crímenes cómplices pueden ser.
¡Imagínate toda la angustia que han sufrido
la madre de un poeta y el padre de un bandido!...
(*Se mete las manos en la cabellera revuelta.*)

GUDULA

(*Cariñosamente.*)
¡Cálmate!

GALAOR

¿Quién me diera un poco de sosiego?
Mas, ¿cómo conseguirlo?, ¡oh, Gudula! si llego,
recelando la pena que lejos me amenaza,
a no sentir ahora la que me despedaza.
(*Delirando.*)
¿Lo que habrá de llegar? ¡Nadie, nadie se mueva!
Dos hombres una vez entraron a una cueva;
a los dos abrasaba la misma sed de oro:
uno encontró la muerte y el otro halló el tesoro.
En una negra y fría noche devastadora
hizo carbón un rayo a una pobre pastora,
que fué a buscar abrigo—¡oh, dura suerte impía!—
bajo una vieja haya que yo plantado había
cuando eran puras como las hostias estas manos...
Dos jóvenes hermanas encuentran dos hermanos.

Eligen los esposos... La lujuria se espeja
en sus ojos... ¡Dios mío!... Mas de cada pareja
un asesino nace... Tal vez naciese un santo
si la elección es otra... En cada esquina, en tanto,
el Azar nos espía... ¡Misterio alucinante!...
Se cae una columna y mata a un caminante.
¿Qué está para llegar?

GUDULA

¡Oh, mi hija adorada!

GALAOR

Bien sé que vive triste, pero no está amargada.
¡Y así, triste la quiero! La risa atrae el dolor,
que va tras ella, como siervo tras su señor...
¡Llorad, llorad sin treguas! El que pasa riendo
es como el que un talego de oro va sacudiendo
por un pinar sombrío donde acechan ladrones!...
No insistas más, Gudula, que tus lamentaciones
son vanas. Encerrada en esta fortaleza,
nadie podrá robarle su angelical pureza!

GUDULA

¡Qué locamente piensas! Pues juzgas que el destino
es un tímido huérfano o una débil mujer
que enmudece de espanto y se acobarda al ver
la sombra de un viajero que le corta el camino!
Puede, señor, de hierros y de bronces cubrir
las puertas de su cárcel, y hasta hacerlas guardar
por dos fieros leones, de sangriento mirar...
¡Las puertas han de abrirse, si Dios las manda abrir!
¡Que Dios no te castigue! Si Él quisiese, Sibyla
escápase ahora de su helada prisión...

GALAOR

(*Inquieto.*)
Mas ¿cómo?

GUDULA

¿Cómo? Muerta.

GALAOR

(*Oculta la cabeza entre las manos.*)
¡Muerta! ¡Tienes razón!
La tienes...

GUDULA

¿Por qué tiemblas? ¿Por qué tu voz vacila
Palidece tu rostro... Galaor, ¿en qué piensas?

GALAOR

(Como delirando.)

En lo que va a llegar... ¡Por qué florestas densas
anda mi alma! El frío mis carnes acuchilla...
siento aullar a los lobos... ¡Qué horrible pesadilla!

(En voz baja, como quien descubre un secreto.)

Y muchas veces, muchas, conversando contigo,
pienso que este tormento es el justo castigo
de aquel mi odioso crimen...

GUDULA

(Espantada.)

¿Qué crimen cuentas? Di...

GALAOR

Amé a otra mujer antes de amarte a ti;
y de ella tuve un hijo. Y en vez de estrangularle,
o de pasar mi vida junto a él, para librarle
de todos los escollos y abismos traicioneros,
le arrojé indiferente por los despeñaderos
a las ondas brutales de la vida cruel...
¿Qué le habrá sucedido?

GUDULA

¿No sabes nada de él?

GALAOR

No. Apenas fué nacido le dejé en una estrada...
Era al caer la tarde... Y al romper la alborada
no estaba ya en el sitio donde yo lo escondiera...
¿Quién lo robó? No sé... ¡Quizás alguna fiera!

(Pequeña pausa.)

Tal vez si lo intentase consiguiera encontrarlo.
Le coloqué en el cuello, antes de abandonarlo,
engarzado en un rico collar de oro, un anillo
con un rubí de Oriente de extraordinario brillo...
¡Jamás, jamás, Gudula, buscarle he procurado!
El recelo, quizás, de verle desgraciado,
pálido, sollozando por su infortunio inmenso,
paralízame cuando en encontrarle pienso...

LA VOZ DE SIBYLA

(*Dulcemente amortiguada por la distancia.*)

Trajeron claveles
blancos y encarnados,
y adorné con ellos
mis bucles dorados.
¡Qué alegres venían!
¡Qué aroma tan blando!
¡Al verlos diríase
que estaban cantando!
Mis ojos leales
después los miraron...
¡Pusiéronse tristes
y se marchitaron!
No sé qué desgracia
en mí traigo presa...
o si son mis ojos
llorosas turquesas,
¡que hasta en la alegría
divisan tristezas!

(*El canto desfallece extenuado de dulzura. Galaor y Gudula se contemplan con los ojos húmedos de lágrimas.*)

GALAOR

¿Eres tú quien le enseña esos cantos de amores?

GUDULA

Yo no. Pero los cantos dolientes y argentinos
le nacen en el alma como si fuesen flores,
porque también en mayo florecen los espinos.

GALAOR

¿De qué te habla en la torre? ¿Qué sueña?

GUDULA

¡Desdichada!...
Quiere saberlo todo...

GALAOR

¿Y tú?

GUDULA

Titubeante
obedezco las órdenes. Le miento en todo instante.

GALAOR

¿Y el

GUDULA

Jamás me cree.

GALAOR

¿Jamás te cree?

GUDULA

Nada.

Todo es inútil... Todo. Por más, por más que intente
decirle que en el mundo existen solamente
tres seres: tú, yo y ella, no cree...

GALAOR

¡Desdichada!

¡Continúa!... ¡Habla!

GUDULA

Dice que existe otra persona
digna por su belleza de ceñir tu corona...
Un señor muy hermoso con las manos de nieve,
que llegará a buscarla, en breve, ¡muy en breve!

GALAOR

(*Como loco, sujetándola por un brazo.*)
¡Me desgarra el pecho!... ¡Qué horror! Vamos, confie
que fuiste tú, ¡oh madre desnaturalizada!,
quien hablando de amores envenenaste esa
conciencia que era como paloma inmaculada!...
¿Qué has hecho? Di ¿qué has hecho?

GUDULA

(*Con noble firmeza.*)

Si fuí yo, Gala
la que sembré en su pecho la simiente de amor,
que Dios mi cuerpo cubra de llagas horrorosas...
(*Dulcificando la voz.*)
Mas los rosales nunca aprenden a dar rosas...

GALAOR

¡Todo perdido! ¡Todo!

GUDULA

Y, ahora, ¿por qué motivo?
conservar aún intentas ese cuerpo cautivo,

si su alma vuela libre, y, volando, se aleja
por el azul del cielo, buscando su pareja?
Déjala ya que salga, y verás la sonrisa
en mis labios exangües...

GALAOR

Ahora es cuando precisa
vivir más alejada del engaño del mundo...
¡El pozo más inmenso será poco profundo
para encerrarla!

GUDULA

¡Escucha! ¡Tanta pena estremece
su pecho, que da lástima! Apenas amanece,
ansiosa de ver todo lo que nunca ha mirado,
las planicies, los mares y ese cielo azulado,
a un escabel se sube, a ver si al fin alcanza
la ventana que encierra su suprema esperanza.
Y aunque no llega aún; parece, Galaor,
que para que no sea su anhelo cosa vana,
su cuerpo esbelto y ágil crecer hace el Señor!

GALAOR

(*Con dulzura.*)
¡Es preciso, Gudula, tapiar esa ventana!

GUDULA

(*Inclinándose con amarga sumisión.*)
¡Y manda al mismo tiempo cavar mi sepultura!

GALAOR

(*Agitándose desesperadamente.*)
¡Ay, qué infortunio el mío!... ¡Qué implacable tortura!
¡Mirar podrán sus ojos maravillas y horrores,
cuerpos llenos de llagas y jardines con flores!
Sus ojos infantiles, estrellas luminosas,
mirarán las galeras que arriban victoriosas,
y quedarán soñando con países distantes,
con ciudades de púrpuras, con islas de diamantes...
¡Van a ver sus pupilas! ¡Le dirán que es hermosa
todas las cosas feas, y hasta las cosas bellas,
nubes, rosas y cisnes, crepúsculos y estrellas,
le dirán cómo es su belleza preciosa!...

Van a ver de los árboles los connubios obscenos
que henchirán de lujuria sus virginales senos...
¡Sus ojos van a abrirse!... ¡Van a ver!... Van a abri
las puertas de su alma, de la inviolada Ofir
a la trágica y negra cohorte de la Suerte:
la Ambición, el Deseo, la Desgracia y la Muerte!...
¡No puede ser!

(*Toma las dos llaves de plata a escondidas de Gudula, las oculta bajo el manto y se dirige a la puerta.*)

GUDULA

(*Queriendo detenerle.*)
¡Escucha! ¿A dónde vas? ¿A dónde?

GALAOR

No lo sé... ¡Quiero aire! (*Sale.*)

GUDULA

(*Desde la puerta.*)
¡Galaor! (*Pequeña pausa.*)
¡No responde!

ESCENA V

GUDULA, descendiendo al fondo de la escena.

¿Dónde irá? ¿Dónde irá? ¡Quién conoce el camino
adónde nos empujan las fuerzas del Destino!...
Acaso sus pesares los vaya a consolar
oyendo los gemidos prolongados del mar.

(*Se sienta junto a la ventana y se queda un momento mirando al mar en sombra.*)

No sé qué es; mas algo, algo la noche espera...
Se oye un rumor lejano, como si una galera
de esperanzas y ensueños y músicas colmada,
llegase desde lejos, desde una primavera,
a embriagar de canciones y a dejar perfumada
la soledad profunda de esta estéril ribera...
¿Qué oirán nuestros oídos? ¿Qué verá la mirada?
¿Una nueva tristeza? ¿Una nueva alegría?

LA VOZ DE SIBYLA

(*Con acento desgarrador.*)

¡Madre! ¡Madre!

(Gudula se levanta asustada.)

GUDULA

¡Sibyla!

(Se queda un instante atenta e inmóvil, como si interrogase al silencio.)

¿Será la voz del viento
al deshojar las rosas del jardín o el lamento
de una ola que muere en la costa bravía?...

LA VOZ DE SIBYLA

(Más desgarradora.)

¡Madre! ¡Madre!

GUDULA

(Dirigiéndose a la puerta.)

Es Sibyla. ¿Qué pasa?

LA VOZ DE SIBYLA

¡Madre mía!

ESCENA VI

GUDULA, va a salir, mas se detiene al ver aparecer a Galaor, que entra pálido y trémulo, haciendo esfuerzos inauditos por ocultar su agitación.)

LA VOZ DE SIBYLA

Saltaron mis ojos
en tanto dormía...
¡Soy ciega, mas veo
mejor que veía!
¡Oh, mi lindo novio!
¡Con sus manos bellas
anda por el cielo
cogiéndome estrellas!
¡Ahora le estoy viendo
por verdes jardines,
con sus manos bellas
cortando jazmines!
¡Allá va mi novio
por los arenales,
con sus manos bellas
buscando corales!

¡Ya llega mi novio,
que loco de amores
me ofrece corales,
estrellas y flores!
El día y la noche
para mí son día...
¡Soy ciega, mas veo
mejor que veía!

(*Galaor y Gudula escuchan la canción cerca de la puerta, visiblemente emocionados.*)

GUDULA

(*Enternecida.*)

¡Oh, qué canción tan bella! ¡Qué voz tan clara y pura!
¡Nunca he escuchado un canto de tan honda dulzura!

GALAOR

(*Trágicamente pálido, lleno de amargura.*)

Los ruiseñores cantan mejor si alguien les ciega.

GUDULA

(*Despavorida, viendo el aspecto terrible de Galaor.*)

¿Qué tienes, Galaor? ¿Qué profundos enojos
te hacen palidecer? ¿Por qué tiemblas?... Sosiega...

GALAOR

(*Trágicamente.*)

¡Con mi puñal, Gudula, le he saltado los ojos!...

(*Gudula cae al suelo desmayada. Galaor se arrodilla junto a ella, abrazándola y besándola.*)

LA VOZ DE SIBYLA

(*Mientras cae el telón.*)

Picaron mis ojos
en tanto dormía...
¡Soy ciega, mas veo
mejor que veía!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una galería larga y tenebrosa abovedada. A la izquierda, separada por una gran puerta de bronce, parte de la prisión de Sibyla. En un extremo se ve una rueca. A la derecha una escalera de piedra. Al fondo una puerta y una de gruesos barrotes, por donde penetran las últimas claridades del crepúsculo.

ESCENA PRIMERA

GALAOR y SEGISMUNDO, junto a la escalera, conversando en voz baja.

GALAOR

¡Antes que llegue con las
sombras lo que está ya para llegar
todas las puertas de este gótico
palacio fúnebre cerrad!
¡Marcháos todos y dejadnos
en esta eterna soledad!
¡Para que nadie pueda abrirnos
tirad las llaves a la mar,
donde ésta sea tan profunda
como la misma eternidad!

SEGISMUNDO

Señor, ¿qué os pasa? Vuestros ojos
parecen trágicos que van
a desprenderse de sus órbitas;
tenéis tan pálida la faz
cual si los labios de la Muerte
os acabasen de besar.
¿Por qué tembláis como las hojas?

GALAOR

(*Con misterio.*)

Por lo que está para llegar...
¿No ves su sombra que se arrastra
por los jardines, a espiar,
como un ladrón que nos acecha,
la mano puesta en su puñal?
Por esos patios, ¿no has mirado
en la penumbra fulgurar
fosforescentes sus pupilas
como los ojos de un chacal?
En los espejos polvorosos,
¿no has visto rápido cruzar
como el perfume de un aliento
que empaña el límpido cristal?
Como el nocturno caminante
que atravesando el monte va,
antes de ver al globo oculto
entre el espeso matorral,
siente erizársele el cabello
y de pavor se echa a temblar,
así yo siento, antes que verlo
a lo que está para llegar...

(*Pausa. Se dirige al fondo llevando del brazo a Segismundo.*)

Rugen las olas encrespadas;
aúlla ya cerca el huracán;
brillan relámpagos sangrientos;
retumba el trueño... Tú dirás,
mientras medroso, santiguándote,
sin voz te pones a rezar.
—¡Ay, desdichados los que andan
en frágil leño sobre el mar!
¡Ay, infelices caminantes
que en medio de la tempestad
van tacteando por la sierra
sin el amparo de un hogar!
Mas el marino hallará puerto
o entre las olas se hundirá:

y el caminante acaso pueda
buscar refugio en un pajar...
¡Vivos o muertos, todos hallan
límite o término a su mal!
Mas hay pesares en mi vida
que nunca, nunca han de acabar:
¡ni devorarlos quiere el lobo,
ni sumergirlos puede el mar!
(*En voz baja, lleno de pavor.*)
Espero algo inevitable,
algo que está para llegar;
algo que pasa inadvertido
en medio de la obscuridad...
Lo que jamás ojos mortales
han visto, paje, ni verán,
pues quien rasgar quiere su velo
para mirar la ignota faz,
se queda inmóvil como esas
estatuas místicas que están
sobre las tumbas de los reyes
en nuestra vieja catedral...
(*Pequeña pausa.*)
¡Marcháos todos y dejadnos
en esta eterna soledad!

SEGISMUNDO

(*Con la voz conmovida.*)
¡Porque he crecido como un hijo
a vuestro lado, en vuestro hogar;
por el amor que me tenéis;
por estas lágrimas... dejad
que a vuestro lado viva siempre
y que ós defienda mi lealtad!
¡Por si viniese la desgracia
vuestra existencia a amenazar,
dejad que vele como un perro,
acurrucado en vuestro umbral!...
Y ¡ay del fantasma o de la sombra
que aquí se atreva a penetrar!
(*Se lleva la mano a la espada.*)

GALAOR

¡Todo es inútil, Segismundo!
(*Emocionado.*)
Todo es en vano... Vete ya...
No me haces falta, pues tu espada
es buena para guerrear
con seres vivos, mas con sombras,
¿de qué tu espada servirá?
¡Será lo mismo, paje mío,
que si la hundieses en el mar!
(*Pequeña pausa.*)
Márchate, paje, y vuelve cuando
torne a mi espíritu la paz...
Entonces puedes, Segismundo,
de nuevo el cuerno resonar,
traer halcones en la diestra,
a los sabuesos atraillar...
y galopando por los bosques,
de nuevo iremos a cazar...
¿Hoy o mañana? ¡Qué me importa!
¿Aves o sueños? ¡Qué más da!
Podrás sonar áureos clarines;
a mis mesnadas congregar;
entre florestas de alabardas
mi roja enseña tremolar...
y partiremos a la guerra
de nuevo, paje, a conquistar...
¿Hoy o mañana? ¡Qué me importa!
¿Cuna o sepulcro? ¡Qué más da!
Mas ahora, si me amas,
si te condueles de mi mal,
vete y no tornes... En mi alcázar,
que hoy es morada sepulcral,
cantos de amor, de caza y de guerra
no han de volver a resonar...
Tan sólo lágrimas, sollozos,
crispar de puños, rechinar
de dientes... ¡Todos los dolores
de la llagada humanidad!

SEGISMUNDO

Pero, Sibyla...

GALAOR

¡Calla! ¡Calla!

(*Interrumpiéndole bruscamente.*)

Si a tu señor eres leal,
¡nunca ese nombre a mi presencia
te atrevas más a pronunciar!

SEGISMUNDO

¡Señor, al irme de palacio,
de ella, a la fuerza, os de he hablar!
Murmura el vulgo de su encierro,
y hasta llegaron a trovar
una canción sobre su historia,
canción que os voy a recitar:
A la princesa Sibyla,
bella como un lirio en flor:
en una torre encerrada
la tiene el rey Galaor.
Porque no amase, su padre
sus lindos ojos cegó;
ruiseñor ciego entre hierros
cantará más y mejor...
¿Pues qué valen las prisiones
y hierros contra el amor?

GALAOR

(*Fuera de sí, sujetándole por el cuello.*)

Calla, o mueres...

LA VOZ DE SIBYLA

Padre mío,

(*Desde la prisión.*)

¿con quién, dime, con quién hablas?

SEGISMUNDO

Señor...

GALAOR

(*En voz baja y empujándole hacia la escalera.*)

¡Silencio o te hundo
Mi puñal en la garganta!

SIBYLA

(*Impaciente, apareciendo en la prisión, y acercándose a tientas a la puerta.*)

Padre mío, ¿no respondes?

GALAOR

(*Soltando a Segismundo.*)

¡Nuestra deuda está pagada!
¡Si tú mi vida salvaste,
hoy la tuya dejo salva!
Vete, y que contigo todos
mis servidores se vayan...
Voy, mi hija...

(*En voz alta.*)

SEGISMUNDO

Mas, oidme...

GALAOR

¡Silencio!... ¡Vuelve mañana,

(*Empujándole.*)

que quiero por esta noche
quedarme solo en mi alcázar!

(*Segismundo desaparece por la escalera. Galaor se vuelve hacia la prisión de Sibyla.*)

ESCENA II

GALAOR y SIBYLA

GALAOR

(*Metiendo las llaves, que lleva prendidas al cinto, en la doble cerradura.*)

¿Qué quieres?

SIBYLA

¡Cuánto has tardado!
¿Con quién, hace poco, hablabas?

(*Galaor abre la puerta, que rechina tristemente, y en el dintel aparece la blanca figura de Sibyla.*)

GALAOR

Con mis propios pensamientos,
que encontrados batallaban...

(*Abraza cariñosamente a Sibyla y la besa en la frente.*)

SIBYLA

(*Abrazándose al cuello de su padre, con la voz muy dulce.*)

Déjame salir... ¡Si vieras
cómo es lúgubre esta estancia!
Estos muros son tan fríos,
tan triste perfume exhalan,
que al respirarlo se llenan
mis ojos ciegos, de lágrimas.

(*Galaor tiembla y se estremece todo al recuerdo de la escena terrible.*)

GALAOR

(*Dulcemente, dándole la mano para servirle de lazarillo.*)

Toma la mano, hija mía...

SIBYLA

(*Al cogerla entre las suyas.*)

¿Por qué te tiembla?

GALAOR

(*Intensamente pálido.*)

¡Por nada!

SIBYLA

(*Acariciando entre las suyas la mano paterna.*)

¡Qué bellas eran tus manos!
Tan finas, blancas y pálidas
como las que anoche en sueños
las trenzas me acariciaban.

GALAOR

(*Lleno de terror.*)

¿Soñaste anoche, hija mía?

SIBYLA

(*Sonriente, con ingenua felicidad.*)

Soñé... No sé dónde estaba.
El aire era tan fragante
y tan puro, que mi alma,
no cabiéndome en el pecho,
por mis labios se escapaba,
y como pluma en el viento

por los espacios volaba...
Tú y mi madre estábais lejos,
y a mi lado se encontraba
un mancebo tan gallardo
como un ángel...

GALAOR

(*Violentamente, poniéndole la mano en la boca.*)
Basta, basta;
olvida esos locos sueños.

SIBYLA

(*Tristemente.*)
¿Te ofendo con ellos?

GALAOR

(*Conmovido.*)
¡Calla!...
¡Perdóname! ¡Dame un beso! (*La besa.*)
(¡Se me han saltado las lágrimas!)

SIBYLA

(*Con júbilo.*)
¡Lo mismo que tú me besas
el mancebo me besaba!

GALAOR

(*Intensamente agitado, cubriéndose el rostro con las manos.*)
¿Qué dices? ¡Horror, Dios mío!

SIBYLA

¿Te molestan mis palabras?
(*Con lágrimas.*)
¿Qué mal te causo soñando?
¿Por qué de mí te separas?
¡Yo que pensaba alegrarte...
recitando al son del arpa
la canción que escuché en sueños,
y que no sé quién cantaba!...

GALAOR

¿Una canción?

SIBYLA

¡Y tan dulce
que suspiro al recitarla!...

Tráeme el arpa... Ha de gustarte...

(*Galaor se estremece, dudando en concederla lo que pide.*)

Desde que ciegos se hallan
estos pobres ojos míos,
más dulces mis labios cantan.

(*Se lleva la mano a los ojos. Galaor, conmovido, se inclina y se los besa.*)

GALAOR

(*Aparte, entrando por el arpa.*)
(¡Sus palabras son puñales
que en mi corazón se clavan!)
(*Entra, y sale al momento con el arpa.*)
Aquí está ya...

(*Aproxima paternalmente a la ciega el arpa. Los dedos de Sibyla buscan y acarician las cuerdas como si fuesen cosas vivas.*)

SIBYLA

Pues, comienzo...
¡Las cuerdas están templadas!

(*En el centro de la escena Sibyla recita, acompañándose con el arpa. Galaor la oye, apoyado en la puerta de la prisión.*)

En tierra lejana
tengo yo una hermana.
Siempre en primavera
mi llegada espera
tras de la ventana.
Y a la golondrina
que en sus rejas trina
dice con dulzura:
"Por aquella espina
que arrancaste a Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura!"
El ave su queja
lanza temerosa,
y en la tarde rosa
bajo el sol se aleja.

Desde su ventana,
mi pálida hermana
pregunta al viajero
que camina triste:
"¡Por tu amor primero,
dime si le viste
por este sendero!"
Pero el pasajero
su calvario sube
y se aleja lento,
dejando una nube
de polvo en el viento.
Desde la ventana,
a la luna grita,
mi pálida hermana:
"¡Por la faz bendita
del Crucificado,
dime en qué sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado!"
La luna, la vaga
llanura ilumina,
trémula declina,
y en el mar se apaga.
Acaso yo errante
pase vacilante
bajo tu ventana,
y sin conocerme
mi pálida hermana,
preguntes al verme
venir tan lejano:
"Dime, peregrino,
¿has visto a mi hermano
por este camino?"

(Mientras Sibyla recita, aparece por la escalera Gudula; se detiene un momento, y después, para no interrumpirla, se aproxima sin hacer ruido a Galaor, y cogidos de las manos permanecen juntos a la puerta de la prisión, oyendo la canción.)

ESCENA III

Dichos y GUDULA. Al terminar Sibyla la canción, Gudula y Galaor se quedan inmóviles, sollozando quedamente.

SIBYLA

(*Abandonando las cuerdas del arpa.*)
¿Por qué callas, padre mío?
¿Dónde estás?

GUDULA

¡Sibyla!
(*Corriendo a abrazarla.*)

SIBYLA

¡Madre!
(*Reconociéndola.*)

GALAOR

¡No puedo más!
(*Con acento desesperado.*)

SIBYLA

¡Madre mía!
(*Acariciando a su madre.*)
¿también mi acento escuchaste?
(*Con pena.*)
Tienes húmedos los ojos...
(*Tiende las manos como copas para recoger el llanto materno.*)
Y tibias y lentas caen
tus lágrimas en mis manos,
cual si mis dedos besasen...
(*Galaor permanece inquieto, con el oído atento como si oyese algún rumor. Se dirige al fondo y escucha.*)

GALAOR

(¡No puedo más!... ¡Tengo miedo!)
Me parece que anda alguien
por el jardín.
(*A Gudula, inquieto.*)
¿Has oído
pasos, Gudula?

GUDULA

(*Tranquilizándole.*)

¡Es el aire!

(*Pequeña pausa. Gudula sienta a Sibyla en un banco, junto a alpuerta de la prisión.*)

GALAOR

(*A Gudula, misteriosamente.*)

Voy a vigilar... Espera...
Vendré al momento a buscarte!

(*Desciende por la escalera, con la mano en la empuñadura de la espada, como si fuese a desenvainarla.*)

ESCENA IV

SIBYLA y GUDULA sentadas en un escabel. Momento de silencio. El viento estremece la puerta del foro.

SIBYLA

(*Oyendo el ruido.*)

Llaman a la puerta.
Madre, ¿quién será?

GUDULA

El viento, hija mía,
que gime al pasar.

SIBYLA

(*Intranquila, como si algo esperase.*)

No es el viento, madre;
¿no oyes suspirar?

GUDULA

(*Pasándose las manos por los cabellos.*)

El viento que al paso
deshoja un rosal.

SIBYLA

(*Impaciente.*)

No es el viento, madre;
¿no escuchas hablar?

GUDULA

El viento que agita
las olas del mar.

SIBYLA

(*Levantándose.*)
No es el viento... ¿Oíste
una voz gritar?

GUDULA

El viento que al paso
rompió algún cristal...

(*Se oye un canto lejano y fugitivo en el cual se escucha vagamente la palabra amor.*)

SIBYLA

(*Escuchando.*)
"Soy el amor—dicen—
que aquí quiero entrar..."

GUDULA

(*Empujando dulcemente a Sibyla hacia su prisión.*)
¡Duérmete, hija mía!
¡Es viento... no más...!
(*Entran en la prisión.*)

ESCENA V

GALAOR, que aparece sombrío y receloso, por la escalera, con la espada desnuda en la mano.

GALAOR

¡Ay!, por todas partes creo
ver fantasmas en el aire,
y es porque están los fantasmas
dentro de mi propia carne...
Gudula... Sibyla...
(*Aparecen las dos en el umbral.*)
¡Es hora!

GUDULA

(*Besando a Sbiyla.*)
¡Adiós, mi hija!

SIBYLA

(*Abrazándose al cuello de su madre.*)
¡Adiós, madre!

(*Galaor besa a su hija y después cierra la puerta con

dobles llaves. Gudula permanece cerca de la prisión con la cabeza entre las manos.)

GUDULA

(*Sollozando, a Galaor.*)
¿Por qué, por qué para siempre
esa prisión no le abres?

GALAOR

Calla, Gudula; prefiero
mirarla muerta, a que manche
en el fango de la vida
sus blancas plumas de arcángel...
¡Y puede llegar un viento
y deshojar los rosales!

(*Descienden lentamente por la escalera. Gudula apoyada en el brazo de Galaor.*)

GUDULA

(*Al descender.*)
¡Virgen santa! ¡Virgen santa!
¡Tened piedad de una madre!

ESCENA VI

SIBYLA. Se oye rumor de pasos en la puerta del fondo.

Pisadas de oro
hasta aquí se acercan....
¡La voz de los ángeles
más dulce no sueña!
Llueven rosas blancas
sobre mí, al oirlas...
¡Pasos de mi novio,
llegad más aprisa!
¡Ven quedo, más pronto,
bello novio mío!...
¡La voz de mi canto
te indica el camino!

ESCENA VII

EL DESCONOCIDO aparece en la puerta del fondo y se dirige a tientas hasta la puerta de la prisión.

EL DESCONOCIDO

(*Parándose.*)
¡La voz de aquí venía... o bajaba del cielo!
La voz que es como un bálsamo de amor y de consuelo...
Del salón en que aguarda ésta, es, quizás, la puerta...
Nada se oye... Nadie... La escalera desierta,
esos patios musgosos, el jardín olvidado,
los surtidores mudos, las salas polvorosas,
y este fúnebre y húmedo silencio de las cosas...
¿No será este palacio un palacio encantado?
Y la voz que yo he oído, ¿no será algún lamento
que a las mohosas cuerdas de algún arpa olvidada
arranquen en la sombra los suspiros del viento?
¿Será el eco remoto de aquella voz soñada?
Todo calma y olvido... ¿Acaso estoy soñando?
Sólo el rumor lejano del mar, que se embravece,
y al chocar con las rocas su lamento parece
los gemidos de un náufrago que están asesinando.

SIBYLA

(*Hilando. Al empezar la canción, el Desconocido se aproxima a la puerta y se queda con el oído pegado a la cerradura como extático.*)

La virgen cantaba,
la dueña dormía...
la rueca giraba
loca de alegría...
"Cordero divino,
de mis ilusiones.
Gira, rueca mía;
gira, gira al viento...
¡Amanece el día
de mi casamiento!
¡Hila con cuidado
mi velo de nieve,

que vendrá el amado
que al altar me lleve!
Se acerca... Lo siento
cruzar la llanura...
¡Sueña la ternura
de su voz el viento!
Gira, rueca loca;
gira, gira, gira...
¡Su labio suspira
por besar mi boca!
Gira, que mañana
cuando al alba cante
la clara campana,
llegará mi amante!
Cordero divino,
tus blancos vellones,
no igualan al lino
de mis ilusiones."
La luz se apagaba,
la dueña dormía,
la virgen hilaba...
Y sólo se oía
la voz crepitante
de la leña seca...
¡y el loco y constante
girar de la rueca!

EL DESCONOCIDO

(*Con la voz emocionada, golpeando la puerta.*)
¡Por fin! Es su voz... Ábreme. Soy yo, mi dulce amor.

SIBYLA

(*Acercándose.*)
¡Al fin, al fin llegaste, mi esperado señor!
Oyéndote me siento como envuelta en un manto
de nardos... Dueño mío, ¿por qué tardaste tanto?
¿En qué rama espinosa se enredó tu vestido?
¿Qué arroyo desbordado tu paso ha detenido?
¿Tu corcel cayó exánime?... ¿No hallaste una galera,
que quisiera traerte a esta alegre ribera,

donde yo te esperaba, por tu ausencia dolida,
para darte en un beso la ofrenda de mi vida?

EL DESCONOCIDO

¡Hace ya tantos años que en vano te buscaba!
Cuando huérfano y pobre la existencia pasaba,
sollozando sin treguas, maldiciendo a la suerte,
con los puños crispados invocando la muerte,
oí tu voz dulce y pura, una noche soñando,
y fué sobre mi herido corazón derramando
con sus dedos de seda balsámicos aromas,
dulzuras de panales y arrullos de palomas.
Tu voz me llevó en naves ornadas de jazmines
por verdes archipiélagos de lucidos jardines,
por canales de oro, donde las mariposas
semejaban violetas, azucenas y rosas,
que las manos de un ángel, fragantes de belleza,
deshojasen, muy tenues, sobre nuestra cabeza.
Recelando aquella voz de celeste encanto,
que la voz aprilina, con el sueño se fuera,
desperté estremecido, todo bañado en llanto,
y erizada de angustia mi rubia cabellera...
Mas no huyó; que despierto, su suave canción
continúa arrullando mi pobre corazón...
Ella dora, platea y perfuma mis días...
¡Qué promesas de lejos!, ¡oh, dulce voz me hacías,
palpitante de amores, en mi carrera loca,
por esa voz guiado, quise buscar tu boca.
Bajo nieves y lluvias visité mil países;
viví, como los viejos profetas, de raíces;
en alta mar, mil veces me han llorado por muerto;
me atacaron leones y la sed del desierto;
hasta que hace un momento, cruzando la profunda
arboleda sombría que este alcázar circunda,
al escuchar tu canto, vi que he llegado, al fin,
¡oh, mi rosa de oro!, a tu imperial jardín.
¡Por Dios, abre la puerta!

SIBYLA

¡Pobre de mí, cuitada!
Desde que era una niña, vivo aquí encerrada.

Dos grandes cerraduras con sus dientes de hierro
unen con estos muros las puertas de mi encierro;
y sus llaves de platas guarda en su cinturón
mi padre.

EL DESCONOCIDO

(*Braceando colérico.*)
¿Y él te ha encerrado en tan negra prisión?
¡Que las víboras broten donde pose su planta!
¡Veneno el aire sea que asfixie sus pulmones!
¡Que nidos de serpientes ahoguen su garganta,
y devoren sus míseros despojos los leones!

SIBYLA

(*Suplicante.*)
Mi padre, el rey, me ama; y me encerró su amor
en esta negra y fría mazmorra, por temor
de lo que ha de llegar. Peligros traicioneros
que se abren como abismos al pie de los viajeros.
Una noche, sabiendo que ya mi frente ufana
llegar iba al alféizar de la única ventana
de esta torre; al saber que mis ojos, al fin,
iban a ver los árboles de ese viejo jardín,
el sol y las estrellas, los verdes naranjales,
el mar y las florestas, y los pavos reales
que decoran heráldicos la marmórea escalera
—todo cuanto hasta ahora en sueños sólo viera,—
creyendo que mirarlos un mal me causaría,
él, que diera su vida por verme sin enojos,
y que tiembla al hablarme, llegó mientras dormía,
y con su propio acero me ha cegado los ojos.

EL DESCONOCIDO

(*Dolorido y amenazador.*)
¡Ni el amor de tu hija, ¡oh, miserable!, alcanza
a librarte del peso de mi justa venganza!
¡León, te harán pedazos mis dientes y mis uñas!
¡Te daré muerte, ¡oh, rey!, con el cetro que empuñas!
¡Y antes que te devoren las carniceras aves,
el corazón del pecho te arrancaré... y las llaves!

SIBYLA

(*Con llorosa vivacidad.*)

¡Señor, no le des muerte: yo no le puedo odiar!
¡Me adora tanto! ¡Siempre que aquí me viene a hablar,
humedecen mis manos las lágrimas que llora!

EL DESCONOCIDO

(Siempre colérico y amenazador.)
¡Tu voz me dice que eres linda como la aurora!
¡Que él tan infeliz sea, como tú hermosa!...

SIBYLA

¡Calla!
¿No ves que de tristeza mi corazón estalla?
¡No ultrajes a mi padre, que me ama con locura!
Oye: ve a verle ahora... Háblale con dulzura.
Dile el amor inmenso que a nuestras almas liga:
pídele, humildemente, con voz dulce y amiga,
¡Háblale con dulzura! Él es bueno y clemente...
No podrá resistir tu súplica elocuente,
y ceñirá a tu cuello su brazo paternal...
que marcharnos nos deje de la mano, mi amor,
como dos corderitos, por los campos en flor...
¡Háblale, dueño mío! ¡Pero no le hagas mal!

(El Desconocido se dirige a la puerta del fondo. Relámpagos y truenos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

El salón del primer acto, escasamente alumbrado por una lámpara. Noche de tempestad. Relámpagos y truenos. Galaor duerme en un sillón, al pie de la ventana, abierta de par en par. Gudula también duerme, tendida en el suelo. A las plantas de Galaor brillan las dos llaves de plata de la prisión de Sibyla.

ESCENA PRIMERA

GALAOR, GUDULA y el DESCONOCIDO. Éste penetra de puntillas y se detiene en el umbral, espiando en la obscuridad. Trae en la mano el puñal desnudo.

EL DESCONOCIDO

Aquí es... No vi a nadie por los patios obscuros.
Como un ladrón, temblando he trepado esos muros,
y crucé, sigiloso, esas salas calladas,
deteniéndome al eco de mis propias pisadas.
¿Quién me impulsa? ¿Qué fuerza me señala el camino?
En mí se encarna el ciego influjo del Destino...
¡Una voz me ha impulsado hasta aquí! Voz que era
cual voz de mis entrañas... Ella ha sido mi guía,
hasta que al fin de esta misteriosa carrera
hallé la dulce boca donde esa voz surgía...
(*Contemplando a los dormidos.*)
Están los dos durmiendo... Así libro a mi mano
de mancharme en la inmunda sangre de ese tirano,
del rey loco, que ciega, sin morir de amargura
a su única hija...
(*Reparando en las llaves.*)

¿Qué es lo que allí fulgura?
Las llaves...
(*Se aproxima quedamente y las recoge. Después contempla a Galaor.*)
Duerme, viejo, y ¡ay de ti si despiertas!

GALAOR

(*Soñando alto. El desconocido retrocede unos pasos y levanta el puñal.*)
¡Cerrad bien las ventanas y asegurad las puertas!
¡Allá viene, allá viene!... ¡Vi su sombra en el lago!...

EL DESCONOCIDO

Sueña... ¿Qué soñará?
(*Se inclina sobre el viejo y le contempla con interés.*)
¡Qué bárbara agonía
se refleja en su rostro!

GALAOR

(*Soñando.*)
¡Allí viene!... ¡Y espía
con sus ojos voraces todo cuanto yo hago!

EL DESCONOCIDO

¡Cómo tiemblan sus labios y cómo se estremece!
¡Según como palpita su corazón, parece
que sufre en este instante todo el dolor del mundo!
(*Lo contempla fijamente.*)
Modela la piel mustia su propia calavera,
y una trágica máscara cubre su faz de cera.
En su pecho, lo mismo que en un cubil profundo,
rugen y se devoran panteras y leones,
entre un crujir de zarpas y un rechinar de dientes,
¡y hay en la angustia bárbara de sus respiraciones
estertor de agonía y silbos de serpientes!...
(*Conmovido.*)
¡Y hasta ahora, Dios mío, hasta ahora durmiendo!

GALAOR

(*Estremeciéndose y soñando en alta voz.*)
¡Allá viene!... ¡Me ha visto!... ¡y se marcha riendo!

EL DESCONOCIDO

(*Mirándole compasivamente.*)
¡Infeliz! ¡Cuánto debes, pobre rey, padecer!

(*Inclinándose a contemplar a la reina.*)
Aquí duerme la reina... ¡Oh, pálida mujer!
El dolor ha dejado tu faz envejecida.
Las raíces más hondas entrarán en tu pecho,
sin esfuerzo ninguno, por tanta y tanta herida
como en él los puñales de la desgracia han hecho!
(*Contemplándolos con lástima.*)
Aquí vine colérico contra ellos, pensando
en su muerte, y ahora, al ver que ni aun durmiendo
el dolor les perdona, de aquí salgo llorando,
cual si algo en mí sus penas estuviese sufriendo.
(*Al salir, mirando las llaves.*)
Ya no volverás nunca, ¡oh, llave maldecida!,
a cerrar a mi amada las puertas de la vida...
Irás siempre conmigo de ciudad en ciudad;
custodiarás mis huesos dentro del ataúd...
¡Ayer para ella fuiste señal de esclavitud,
y hoy eres en mis manos signo de libertad!
(*Sale cautelosa y rápidamente.*)

ESCENA II

GALAOR y GUDULA

La tempestad tórnase cada vez más violenta. Los truenos y los relámpagos se suceden sin interrupción.)

GALAOR

(*Levantándose en estado de sonambulismo, andando a ciegas y blandiendo la espada.*)
¡Allá viene! ¡Allá viene!
(*Como dirigiéndose a alguien.*)
¡Te mataré! ¡No huirás!
(*Tropieza en la pared y despierta. Después, asombrado aún, mira en torno suyo.*)
¿Dónde estoy? ¡Ah! Fué un sueño... un sueño, y nada más,
¡Un sueño... sólo un sueño! ¡Mas, qué sueño y qué vida!
¡No puedo más, no puedo! ¡Es mi alma dolorida
una llaga sangrando bajo un guante de hierro!
(*Aproximándose a la ventana.*)

¡Así clamar debéis cuando pase mi entierro,
nocturnas tempestades! ¡Vuestros roncos aullidos
serán mi marcha fúnebre... ¡No puedo sufrir más!
¡Aprieta mi garganta, cadena de gemidos;
aprieta más, aprieta, que pronto me ahogarás!
¡Rugen en mí los leones; se desploman ciudades,
y fantasmas envueltos en negras tempestades
de lejos me amenazan con su rojo mirar!
¡No puedo más, no puedo! Señor, voy a quemar
mi palacio esta noche... ¡Sus brasas me han de dar
alas deslumbradoras con qué poder volar
de este lúgubre pozo de infinitos dolores!
(*Desvariando.*)
Se llenará la noche de dorados fulgores;
deslumbrarán las hondas de luz; la totovía
ha de cantar volando, creyendo que es de día...
¡Viéndole arder, mi alma se vestirá de fiesta!
Seré libre de mí, de Gudula y Sibyla,
de este palacio inmenso y de aquella floresta...
Mañana, cuando muera silenciosa y tranquila
la luna, y el sol dore las montañas distantes,
entre los humeantes escombros del camino,
distinguir no sabréis, ¡oh, pobres caminantes!
las cenizas de un rey, de los restos de un pino.

GUDULA

(*Despertando.*)
¡Por fin que he despertado!... Soñaba, Galaor,
que en tenebrosa cárcel estabas prisionero...
Vi rodar tu cabeza al golpe del acero...
¡Ah, ni en sueños, ni en sueños me abandona el dolor!

GALAOR

(*Sentándose y aproximándose a Gudula.*)
¡Qué loco estoy, Gudula, pues teniendo a mi lado
de tus labios de mieles el bálsamo querido,
el bálsamo que todas mis llagas ha cerrado,
en mis horas de angustia de tus labios me olvido!

GUDULA

De noche, Galaor, apenas adormeces,

después que de rodillas dirijo a Dios mis preces
tu triste frente beso...

GALAOR

¡Bien lo comprendo ahora!...
Soñando, muchas veces, la turba aterradora
que sin dolor mi pecho hostil acuchillaba,
huía de repente... El cielo azuleaba,
y dos manos de luna, transparentes e iguales,
coronaban mis sienes de flores irreales,
más dulces que las mieles, y ardientes como lavas.
(*Con enternecimiento.*)
¡Y eres tú que piadosa la frente me besabas!
¡Bésame!

GUDULA

(*Aterrada, huyendo de Galaor.*)
Mas, ¿qué tienes? ¡Tus ojos, Galaor,
contemplarlos no puedo sin morir de terror!
¿Qué te ha pasado, dime, después de dormir?...
(*Huyendo de Galaor.*)
¡Déjame! ¡No me busques!... ¡Tengo miedo de ti!

GALAOR

(*Con ternura.*)
¡Dame un beso!

GUDULA

(*Loca de terror.*)
¿Qué hiciste? ¡La mataste!

GALAOR

¡Gudula!
tanta angustia mi pobre corazón acumula
que resistir no puedo!... Y ya para acabar
de una vez, voy ahora el palacio a incendiar...
¡Los tres estamos solos!... ¡Nuestra gente se ha ido
despedida por mí!

GUDULA

(*Trémula, con los ojos queriendo saltársele de las órbitas, retrocediendo, pegándose a la pared y retorciendo las manos en una crispación dolorosa.*)
¡La razón has perdido!
¡Horror! ¡Horror! ¡Dios santo!

GALAOR

¿Qué cadena tan fuerte
te liga a la existencia, que así temes la muerte?

GUDULA

(*Sollozando.*)
¡Qué locura! ¡Qué espanto! ¡Qué horror! Pobre hija
(mía!

GALAOR

¡No temas! Será rápida y dulce la agonía,
pues las llamas a impulsos de ese fuerte huracán,
en un instante el viejo palacio trocarán
en ceniza y humo...

GUDULA

¡Qué enorme desventura!

GALAOR

¡No puedo resistir esta horrible tortura
y amparo contra ella busco en la sepultura!

GUDULA

¡Por piedad!

GALAOR

Cuando suene la última campanada
de las doce, Gudula, traeré nuestra hija amada,
y abrazados los tres moriremos aquí...

GUDULA

¿No te espanta mi angustia? ¡Oh, ten piedad de mí!
(*Caen, pesadamente, las doce campanadas de la media noche.*)

GALAOR

¡La media noche! ¿Oyes? Voy por ella... Es la hora...
(*Buscando las llaves.*)
Mas, ¿dónde están las llaves? ¿Dónde están?

GUDULA

Hace poco
te las di... ¿No recuerdas?...

GALAOR

(*Exaltadísimo, dirigiéndose a la puerta.*)
Mi corazón devora
la impaciencia y el miedo.
(*Sale.*)

GUDULA

(*Dirigiendo los brazos al cielo.*)

¡Señor, se ha vuelto loco!

(*Cae de rodillas.*)

Por los clavos, Señor; por la lanzada
que tu costado hirió;
por la hiel y el vinagre que te dieron,
¡protégenos, Señor!
Por el dolor sagrado de tu Madre,
por tu propio dolor,
por todos los dolores de tierra,
¡protégenos, señor!

GALAOR

(*Volviendo, completamente desfigurado, aullando y gesticulando como un demente.*)

¡Ha huído!

GUDULA

¿Quién?

GALAOR

¡Sibyla!

GUDULA

(*Espantada.*)

¡Cómo!

GALAOR

¡Ha huído!

(*Desesperadamente.*)

¡Oh, bien mi corazón lo presentía!...
¡Todo, todo, Gudula, se ha perdido!
(*Salen corriendo y gritando.*)

LA VOZ DE GUDULA

(*Mientras baja el telón.*)

¡Oh, Sibyla!... ¡Hija mía!

LA VOZ DE GALAOR

(*Más lejana.*)

¡Hija mía!

Telón lento.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

La floresta del palacio de Galaor. A la luz lejana del relámpago, entre la espesura tétrica de las frondas, se ven al fondo las altas torres almenadas. La tempestad comienza a alejarse.

SEGISMUNDO y HAROLDO, conversando en el primer término de la derecha.

SEGISMUNDO

¿Dónde hallaste el corcel?

HAROLDO

Junto a la playa
rotas las bridas y la crin revuelta,
sobre un alto peñasco, relinchando
bajo el negro furor de la tormenta,
que llamaba a su dueño parecía
con duros cascos al herir la tierra.
Le tomé del rendal y allí le tengo,
¡Espléndido animal! Gualdrapas lleva
de púrpura y brocado, recamadas
de áureos borlones y orientales perlas.
¡No tiene Galaor, nuestro monarca,
gualdrapas tan valiosas y tan bellas!
¿Qué hacemos de él?

SEGISMUNDO

Guardarle en esa choza,
y en ella tú mis órdenes espera.
Dile a los escuderos que vigilen
y registren al par, senda por senda
ahora que como ejército en derrota
huye la tempestad, las nubes vuelan,
y entre la herida que en los cielos abren,
resplandecen, a veces, las estrellas.

HAROLDO

¿Temes algo?

SEGISMUNDO

Sí, temo, ¡Tú no has visto
a Galaor! Temblaras si le vieras,
con los ojos brillantes como ascuas
y pálida la faz como la cera,

por sus vastos salones silenciosos,
rugiendo de dolor como una fiera.

HAROLDO

¿Y por qué ese capricho de alejarnos
en una noche así, de su presencia,
y encerrarse en su alcázar de granito
igual que en una tumba?

SEGISMUNDO

Son rarezas
de su espíritu enfermo, devorado
por todos los dolores de la tierra.
Supliqué, supliqué puesto de hinojos;
me abracé como un náufrago a sus piernas,
pidiéndole entre gritos y entre lágrimas
que benigno a mi súplica atendiera,
¡que me dejase sólo, como un perro,
dormir en los umbrales de su puerta!
Mas todo inútil fué. "¡Vete—me dijo—
con todos los demás; y cuando vuelva
el sol a iluminar esas montañas,
también con todos a mi hogar regresa!"

HAROLDO

¿Y temes?

SEGISMUNDO

Sí.

HAROLDO

¿Qué temes?

SEGISMUNDO

Por Sibyla,
por él, por todos...

HAROLDO

¿Pero qué proyecta?

SEGISMUNDO

¿Acaso sabes tú lo que la nube
en los misterios de su seno encierra?
¡Quién sabe lo que guardan sus dolores!

HAROLDO

Mas ¿el juicio perdió?

SEGISMUNDO

Perdióle a fuerza
de sufrir...

HAROLDO

Mas ¿sufrir?...

SEGISMUNDO

¡Existe, Haroldo,
mayor locura que morir de pena?
Por eso, porque temo que algo ocurra,
os mandé vigilar esta floresta,
que cinturón de vivas esmeraldas
ese alcázar fantástico rodea...
Y hasta que salga el sol vigilaremos...
Vámonos por aquí.
(*Señalando la derecha.*)

HAROLDO

(*Cantando al alejarse.*)
¡Qué vida es ésta!
En la calleja desierta
vibra el alma de un laúd.
¡El amor llama a tu puerta!
¡Sal a abrirle, Juventud!
¡Sal a abrir al Prometido,
toda trémula de amor,
sin más velos que el tejido
de rosas de tu pudor!

ESCENA II

EL DESCONOCIDO Y SIBYLA, que entran huyendo por la izquierda.)

SIBYLA

(*Deteniéndose.*)
¡Oh, qué canción tan dulce! ¿Qué voz mortal le canta?

EL DESCONOCIDO

Algún enamorado y joven marinero.
que can ella las penas del corazón espanta.

SIBYLA

¡Oh, cómo me conmueve la paz de este sendero!

EL DESCONOCIDO

¡Más de prisa, alma mía!

SIBYLA

¡Oh, mis pies! ¡Son tan niños
que caminar no saben!

(*Parándose y respirando voluptuosamente.*)

¡Qué suavidad de armiños
tiene el aire esta noche! Absorbo su frescura
como un vino de ensueño en copa de diamante.
Siento flores, ¡qué aroma!, y mieles, ¡qué dulzura!
Mas tu boca es más dulce y tu voz más fragante.

(*Pasando amorosamente los dedos por el rostro de El Desconocido.*)

¡Qué hermoso eres! ¡Bésame!...

(*El Desconocido la besa con ternura.*)

¡Son rosas las caricias
de tu boca, y besándote siento una sensación
de suavidad, de encanto, de indecibles delicias,
cual si naciesen rosas dentro del corazón!

EL DESCONOCIDO

(*Extático de felicidad.*)

Tu voz, amor, la oigo como cuando anochece,
el viejo peregrino que torna a su alquería,
en el grave silencio que en los campos florece,
arrodillado y mudo, oye el *Avemaría*.

SIBYLA

(*Pasándose la mano por la frente.*)

Cual se adora a la Madre de Dios, así te adoro.
Dime, amor, ¿son tus ojos ardientes y sombríos,
o son como zafiros engarzados en oro,
como dicen que eran los pobres ojos míos?

EL DESCONOCIDO

(*Con ternura.*)

Como quieras: son tuyos.

(*Empujándola.*)

Mas vamos más de prisa.
¡Más de prisa, amor mío! No hay tiempo que perder.
Pueden llegar.

SIBYLA

(*Dulcemente.*)

Espera... ¡Qué dulzura en la brisa!

(*Volviéndose a él y echándole los brazos al cuello.*)

¡Oh, amor, si con mis ojos yo te pudiera ver
igual que con el alma y el corazón te veo!
Sentémonos. En medio de este bosque deseo
dormirme entre tus brazos, tu boca con mi boca,
absorbiendo tu aliento hasta embriagarme de él...

EL DESCONOCIDO

(*Empujándola.*)

¡Vamos! Junto a la playa, amarrarado a una roca,
de impaciencia esperándonos relincha mi corcel...
Vendrán en nuestra busca... ¡Vamos!

SIBYLA

Mi pie vacila
al caminar...

LA VOZ DE GUDULA

(*A lo lejos.*)

¡Sibyla!

SIBYLA

¡Es mi madre!

LA VOZ DE GUDULA

(*Más cerca.*)

¡Sibyla!

EL DESCONOCIDO

(*Empujando dulcemente a Sibyla.*)

¡Más de prisa, amor mío, que te vienen buscando!
Te lo dije...

LA VOZ DE GUDULA

(*Más cercana.*)

¡Sibyla!

EL DESCONOCIDO

¡La voz se va acercando!

(*Los cabellos de Sibyla se enredan en un espino en flor.*)

SIBYLA

¡Ay! Mis pobres cabellos se han enredado en una rama.

(*Sintiendo las manos de El Desconocido que le desenredan las trenzas.*)
¡Qué suavidades! ¡Qué claridad divina
de luna, dueño mío!

EL DESCONOCIDO

No hay luna.

SIBYLA

¿Que no hay luna?
¿Son tus dedos, entonces, lo que el alma ilumina?

ESCENA III

Dichos y GUDULA, que entra jadeante.

GUDULA

(*Desde dentro.*)
¡Sibyla!

EL DESCONOCIDO

(*A Sibyla.*)
¡Vamos, vamos!

GUDULA

¡Sibyla, por piedad,
no dejes a tu madre! ¡Ten, hija, caridad
de la mujer llorosa que te llevó en su seno!
Y tú, señor, que tienes el mirar dulce y bueno,
demuestra que tu alma es también noble y pura.
Devuélveme a mi hija, o muero de amargura.
(*Arrodillándose.*)
A tus pies, de rodillas, te lo vengo a pedir...
¡No te la lleves! ¡Déjala!

SIBYLA

(*Besando la mano de su madre.*)
¡Oh, déjame partir!
¡Separarnos no puede nadie, madre, a los dos!
¡Nunca te olvidaré!

(*El Desconocido coge en sus brazos a Sibyla, y huye con ella. Gudula sale detrás de los fugitivos. Sujeta al Desconocido, pero éste la rechaza violentamente, dejando en sus manos una cadena de oro y la capa.*)

GUDULA

¡Sibyla!...

(*A lo lejos.*) SIBYLA

(*Silencio.*) ¡Adiós! ¡Adiós!

ESCENA IV

GUDULA y GALAOR

GUDULA

(*Contemplando el collar.*)
¿Qué más, Dios, sufrir puede un corazón transido?

GALAOR

(*Que entra, tropezando, con el cabello desgreñado.*)
¿La encontraste, Gudula?

GUDULA

La encontré... Mas ha huído.

GALAOR

¿Qué ha huído?

GUDULA

¡Para siempre! Aquí me la encontré;
mas, si noir mis súplicas, sin atender mi pena,
¡Todo fué inútil, todo! Se la lleva un galán...
Unidos de las manos por esa senda van...
Yo tras ellos corrí, dando locos gemidos;
llorando fuertemente me agarré a sus vestidos,
mas, sin oir mis súplicas, sin atender mi pena,
el galán con tal fuerza se sacudió de mí,
que me dejó en las manos prendida esta cadena,
donde en dorado anillo resplandece un rubí.

(*Entrega el anillo a Galaor. Entre un claro de nubes desciende un rayo de luna. La tormenta se va alejando.*)

ESCENA ÚLTIMA

SEGISMUNDO penetra por la derecha con la espada desnuda. Al ver al rey se detiene.

SEGISMUNDO

¡Señor, señor, albricias! A Sibyla salvamos.
Con un galán cruzaba del brazo ese sendero.

Entre ellos me interpuse... Las espadas chocamos...
¡Y le he hundido en el pecho, hasta la cruz, mi acero!

GALAOR

(*Mirando a la luz de la luna el anillo y la cadena, tambaleándose como un ebrio.*)

¡Maldición sobre todos nosotros! ¡Maldición!
¡Ay, que Dios vengativo a mi estirpe maldijo!...
¡Era mi hijo!

GUDULA

¡Cielos!

(*Tapándose el rostro horrorizada.*)

SEGISMUNDO

¡Perdón, señor; perdón!

GALAOR

(*Agonizando.*)

¡Por salvar a mi hija, has matado a mi hijo!

(*Se tambalea y cae muerto en brazos de Gudula; mientras desciende el telón se oyen los sollozos desgarradores de Gudula abrazada al cuerpo de Galaor.*)

FIN DE "EL REY GALAOR"

JOSÉ ECHEGARAY

EL LIBRO TALONARIO

COMEDIA EN VERSO

UN ACTO



BUENOS AIRES
1924

PERSONAJES

CARLOS.

MARÍA, esposa de Carlos.

LUIS.

JUAN.

EL LIBRO TALONARIO

ACTO ÚNICO

Sala lujosamente amueblada: en el fondo un balcón: a la izquierda del público, una puerta, a la derecha dos: a la derecha también, y en primer término, un velador, y sobre él un quinqué encendido, libros, recado de escribir, etc.: junto al velador un sofá: a la izquierda una mesa y un sillón. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MARÍA, sentada, junto al velador y bordando

¡Las doce, y Carlos no viene!
(*Suspendiendo el trabajo.*)
Cuando en su conducta pienso,
en sus tristezas sin causa,
en su anhelar sin objeto,
en sus continuas ausencias,
en aquel duro despego
con que se aparta de mí
y del pobre pequeñuelo,
la verdad miro patente,
el desengaño contemplo,
y son certezas mis dudas,
y son venganzas mis celos!
¡Mi frente quema y le falta
respiración a mi pecho!
(*Se levanta, se dirige al balcón y lo entreabre: pausa. Después vuelve al proscenio.*)

¿Dónde estará Carlos, dónde?
¡La baronesa... Loreto...
ella es, sí; no hay que dudarlo!
Es hermosa como un cielo,
tiene encanto irresistible,
y a su mirada de fuego
los más sensatos deliran
y enloquecen los más cuerdos.
Pero a mí también me aclaman
por hermosa; y yo lo quiero
con el alma y con la vida,
¡y soy la madre de Eugenio!
¡Si digo que es imposible:
si aunque lo estuviera viendo
creyera la realidad
del delirio fingimiento!
¡Él, tan noble, tan amante,
conmigo siempre tan bueno!
¡La prenda del alma mía,
Carlos, mi esposo, mi dueño!
(Rompe a llorar.)
¿Llora el niño?
(Acercándose a la primera puerta de la derecha y escuchando.)
No, serían
de mis sollozos los ecos.
(Pausa: vuelve a sentarse.)
¡Sola, siempre sola! Carlos,
de asuntos con el pretexto,
de mí se aleja. Vendrá
triste, pensativo, inquieto,
y sin estrechar mi mano,
y sin dar al niño un beso,
sin entrar, ni por costumbre,
en este cuarto tan lleno
de perdidas ilusiones
y de amorosos recuerdos,
a solas con su pasión
se irá el infiel, mientras quedo

a solas con mis tristezas
y luchando con mis celos.
Quiero saber la verdad:
¡la verdad a cualquier precio!
Luis me prometió una prueba
y yo estimulé su intento.
¿Hice mal? Yo no lo sé:
tan sólo sé que deseo,
o de mi mal la evidencia
o de mi mal el remedio.
¿Un coche?
(*Aplicando el oído.*)
¿Si será Carlos?
No puedo luchar más tiempo
con las dudas que me matan:
esta misma noche debo
hablarle. ¿Por qué vacilo?
Si él no viene, iré a su encuentro.
(*Se dirige hacia la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II

MARÍA y JUAN

JUAN

Acaba de llegar...

MARÍA

¿Quién?
(*Precipitadamente.*)
¿el señor? Que entre al momento:
he de verle y he de hablarle.

JUAN

Sí, señora. (*Con calma.*)

MARÍA

¡Pronto!

JUAN

Pero
si no es el señor don Carlos;
¡si es otro! Como soy nuevo
en la casa, me confundo

con tantos nombres: yo creo
que es el amigo del amo;
aquel gentil caballero
que viene todos los días
dos o tres veces lo menos.
Es don Luis...

MARÍA

¡Don Luis Mendoza!

JUAN

Cabal.

MARÍA

(*Hablando consigo misma.*)
¿A estas horas?

JUAN

Eso
dije yo, que no sabía
si la señora... Mas luego
él insistió: que era cosa
de importancia, con misterio
me repitió varias veces.

MARÍA

(*Aparte.*)
(Y bien, ¿qué importa? No puedo
la impaciecia que me abrasa
dominar más largo tiempo.)
Que entre don Luis. (*En voz alta.*)

JUAN

Bien, señora.

MARÍA

Y que espere aquí.

JUAN

Al momento.

(*Sale Juan.*)

MARÍA

Cuando él viene trae la prueba,
y esa prueba yo la quiero.
Borraré de mis mejillas
el llanto que en ellas siento;
a mis apagados ojos

daré de la fiebre el fuego;
fingirán dulces sonrisas
mis labios de dolor trémulos,
y del cariño de Luis
me serviré en mis proyectos.
¡Ay, que Dios, por la intención,
perdone tan ruines medios!

(*Sale por la segunda puerta de la derecha, y en el mismo instante entra Juan por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III

JUAN seguido de LUIS

JUAN

Pase usted, señor don Luis.
Al pronto, como soy nuevo
en la casa... la verdad,
no recordaba... Yo ruego
al señor que me dispense:
¡soy tan torpe!

LUIS

Ya lo veo.

JUAN

A veces, ni aún a don Carlos
le conozco. No, y en esto
no es toda la culpa mía.
Porque acá sólo está el tiempo
preciso para comer
y dormir, de suerte...

LUIS

Bueno:
estoy de todo enterado.

JUAN

¡Enterado!... ¡Por supuesto!
(*Con malicia.*)
¡Si es usted más de la casa
que don Carlos!

LUIS

¡Majadero,
vete pronto!

JUAN

Ya me voy.
La señora, que al momento
(*Retirándose.*)
vendrá (*Aparte.*) (¡Vaya, y es buen mozo!
ojos pardos... mucho pelo...
Lo de siempre: ama bonita,
primo guapo, y amo... bueno) (*Sale.*)

ESCENA IV

LUIS, solo.

¡María, sólo tu imagen
ante mis ojos contemplo!
Todo lo demás no existe
para este amor, que en mi seno
es la suprema esperanza
y es el supremo tormento.
Honor y amistad olvido:
ante nada retrocedo:
para conseguir tu amor
hasta la infamia desciendo.
Compré conciencias con oro,
con oro compré secretos,
y hoy en mis manos las pruebas
del amor de Carlos tengo.
Éstas son las cartas:
(*Sacando unas cartas.*)
¡cómo
filtrarán sutil veneno
de mi adorada María
en el agitado pecho!
¡Cómo inflamarán sus frases
los mal contenidos celos
de la esposa, y en venganza
trocarán su llanto acerbo!
¡Cuánta pasión puso Carlos,
al escribir a Loreto,
en los ardientes renglones
de este papel indiscreto! (*Pausa.*)

Esto es infame, lo sé;
de mí mismo me avergüenzo;
pero evoco de María
el abrasador recuerdo,
¡y, ay de mí, que ya no lucho!
¡ay, que resistir no puedo!

ESCENA V

MARÍA y LUIS

LUIS

Perdón la debo pedir
si en hora tan avanzada...

MARÍA

La disculpa es excusada.

LUIS

Sin embargo...

MARÍA

El insistir
dudar es de mi franqueza,
y fuera injusta porfía.

LUIS

Compite en usted, María,
la bondad con la belleza.
(*Se sienta junto al velador.*)

MARÍA

Carlos tampoco ha venido:
de suerte que para mí
no es aún tarde, pues aquí
le aguardo siempre.

LUIS

Afligido
por dar una mala nueva,
debo advertirle, señora,
que será muy a deshora,
y de ello tengo la prueba,
cuando al techo conyugal
regrese el esposo amante:
le he dejado hace un instante
con Loreto Sandoval.

MARÍA

¡Basta, Lus!

LUIS

Usted olvida
que pruebas he prometido.

MARÍA

Olvida usted ¡y es olvido!
que me va en ello la vida.

LUIS

Cuando pienso que mi amor
en usted no halla piedad,
mi sola felicidad
es gozarme en el dolor
que usted sufre; y mi porfía
llega a pensar que es un bien
el que llore usted también.
Perdóneme usted, María.

MARÍA

Si es así, no más porfíe:
(*Tristemente.*)
si su dicha está en mi llanto,
será usted dichoso, y tanto,
que ya la dicha le hastíe.

LUIS

El dolor término alcanza,
y hasta quisieron los cielos
que concluyeran los celos
donde empieza la venganza.

MARÍA

¿Venganza digna?

LUIS

Atrevido
fuera yo, y aún descortés,
de otra manera.

MARÍA

¿Cuál es?

LUIS

El desprecio y el olvido.

MARÍA

Si despreciar es posible
al hombre que tanto amamos,
si al despreciar olvidamos,
pronta estoy. ¿Pero, es creíble
en Carlos esa traición?
¿Es prueba, Luis, suficiente,
que esté, como tanta gente,
de Loreto en el salón?

LUIS

Mi franqueza lo declara:
no es una prueba, María.

MARÍA

¿La pena entonces valía
de que usted se molestara?

LUIS

Una visita galante,
una noche en un salón,
miradas que al corazón
llegan del objeto amante,
suspiros que el aire lleva,
palabras que borra el viento,
un beso y un juramento...
nada de esto es una prueba.
Mas con letra del infiel,

Acercándose a María, en voz baja, y con marcada intención.)

frases que roban la calma
y que llegan hasta el alma,
escritas en un papel,
merecen, a lo que infiero
—no que yo me molestara;
no hay molestia,—que turbara
su reposo.

MARÍA

(Con vehemencia.)

¡Yo las quiero!

LUIS

¿Las cartas de Carlos?

MARÍA

¡Sí!

LUIS

Éstas son.

(*Mostrándolas.*)

(*María pretende apoderarse de las cartas; Luis las r tira.*)

No.

MARÍA

¡Por los cielos!

(*Los mismos movimientos.*)

LUIS

Dudo.

MARÍA

¡Me abrasan los celos!

LUIS

También me abrasan a mí.
¡Pregonan ruines traiciones!

(*Mostrando las cartas.*)

MARÍA

¡Pregonarán mi venganza!

LUIS

Ella es mi sola esperanza.

MARÍA

¡Las cartas! (*Suplicando.*)

LUIS

Sin condiciones.

(*La entrega las cartas con galantería. Pausa.*)

MARÍA

¡Su letra!... ¡Valor!... ¡Y aún lloro!

(*Limpiándose las lágrimas y esforzándose por leer, per sin conseguirlo.*)

¿Qué dice aquí? (*A Luis.*)

LUIS

(*Inclinándose hacia María, y leyendo la carta que ést tiene entre sus manos.*)

¡Te amo tanto!

MARÍA

¡No puedo con este llanto!

(*Los mismos movimientos.*)
¿Y aquí qué dice?

LUIS

—¡Te adoro! (*Leyendo.*)

MARÍA

¿Y al principio?

LUIS

—¡Mi vida! (*Leyendo.*)

MARÍA

¿Y al fin?

LUIS

—¡Para siempre tuyo! (*Leyendo.*)

MARÍA

¡Mi Carlos dice que es suyo!

LUIS

¡Y para siempre, María!

MARÍA

El cáliz quiero apurar,
y en vano intento leer...

(*Entrega las cartas a Luis y oculta el rostro en el pañuelo.*)

LUIS

(*Leyendo las cartas para sí.*)
¡Qué pasión esa mujer
ha conseguido inspirar!
(*Pausa. Después lee en voz alta.*)

"Adorada Loreto: comienza a despuntar el día y no he podido conciliar el sueño: tú me faltas y sin ti no hay para tu Carlos ni sosiego, ni reposo, ni es la existencia más que un tormento intolerable. A poca distancia de mí duermen María y Eugenio, los dos seres que yo más amaba en el mundo antes de conocerte, Loreto de mi vida. Hoy, ¿qué son para mí? Si su recuerdo pasa por mi memoria, más es como sombra molesta, que como imagen querida. Es que tu amor, Loreto de mi alma, se ha apoderado como dueño absoluto de mi ser, y tu Carlos diera por solo un beso tuyo..."

MARÍA

¡Basta!... ¡Basta ya!... ¡Dios mío!

¡Carlos!... ¡Infamia!... ¡Traición!
¿Qué siento en el corazón?
¡Antes fuego y ahora frío!
(*Pausa.*)
No es vengarse el olvidar;
no es el desprecio venganza;
pero mi mente no alcanza
venganzas a combinar,
que devuelvan al traidor
y devuelvan con usura
por mi tortura, tortura,
por su infamia, deshonor;
de lágrimas un raudal
por esas lágrimas mías,
que amarguen sus alegrías
con Loreto Sandoval.
¿Qué hacer?... ¡No sé!... ¡Me confundo!
¡Se obscurece mi razón!

LUIS

¡Qué fuego! ¡Cuánta pasión!
(*Leyendo las cartas para sí.*)

MARÍA

Si siente un odio profundo,
si sufre ofensa mortal,
el hombre, cual caballero
frente a frente con su acero
hiere el pecho a su rival.
Y la mujer, entretanto,
por escarnio de la suerte
lleva en el alma la muerte
y sólo en los ojos llanto.
Medita venganzas fieras,
busca el vengador acero,
y encuentra en su costurero...
¡dedal, aguja y tijeras!
(*Riendo sarcásticamente.*)
¿No es verdad?... ¡Debo reir!
¿Ve usted la risa en mi boca?
¡Es, Luis, que me he vuelto loca!

¡Es que me siento morir!
(*Rompe a llorar.*)

LUIS

(*Aparte.*)
(¡Pobre mujer, voy pensando
que hice mal en torturarla!
¿Pero, cómo no adorarla
si es tan hermosa llorando?
¡Ojos, a los que el dolor
de tan celestial rocío,
como lloraréis, Dios mío
cuando lloréis por amor!)

MARÍA

¡Luis! (*Con arranque repentino.*)

LUIS

¡María!

MARÍA

¿Me ama usted?

LUIS

¿Y me lo pregunta, ingrata?

MARÍA

¿Pero con amor?...

LUIS

¡Que mata!
¡Que es delirio, y fiebre, y sed!

MARÍA

¿Dispuesto?...

LUIS

¡A todo! ¡En los senos
ordene usted que ahora mismo
me sepulte de un abismo...!
(*Con exaltación.*)

MARÍA

Me basta con mucho menos.
(*Irónicamente.*)
Escriba usted. (*Señalándole la mesa.*)

LUIS

¿Pero qué? (*Extrañándose.*)

MARÍA

Lo que dicte.

(*Se levanta y pasea con agitación.*)

LUIS

¡Es singular! (*Vacilando.*)

MARÍA

Eso, Luis, es vacilar.
¿Y el abismo? (*Con ironía.*)

LUIS

Escribiré.

(*Se sienta Luis y escribe. María dicta la siguiente carta, interrumpiéndose varias veces con risa sarcástica.*)

MARÍA

"Adorada María: No más temores, no más llanto; tú lo quieres y tu voluntad es mi ley; pero cuánto sufro al separarme de tus cartas, tan amantes, tan tiernas, que tan dulces recuerdos evocan! Ni yo podré explicártelo, ni pudieras tú comprenderlo a no sentir el dolor que ahora siento. ¡Dos años há que las guardo fielmente! ¿Por qué crees hoy que pudieran arrebatármelas? ¿Quién ha turbado tu tranquilidad con peligros imaginarios? No, vida mía, nuestro amor es un misterio que él, ese hombre, nunca sospechará. Perdóname, alma de mi alma, si por completo no cumplo lo que vencido por tus lágrimas he jurado. De tus cartas, que por mi mal son harto breves, he separado las hojas en blanco y cuidadosamente he de conservarlas. ¡Hojas en blanco, para todos; para mí, en su silenciosa y limpia superficie, cuántos recuerdos y cuántas venturas!

La despedida y firmar.

(*Pausa. Luis escribe; después se acerca a María y le muestra la carta, satisfecho.*)

LUIS

¿Qué le parece, María?

MARÍA

No está mal; pero algo fría.

LUIS

Yo pensé... (*Desconcertado.*)

MARÍA

Puede pasar. (*Fríamente.*)

LUIS

Consumado el sacrificio
¿me pudiera usted decir?...

MARÍA

Ahora no: voy a escribir.

Contesta María distraidamente y se sienta a la mesa después de meditar algunos momentos. Luis la observa con atención.)

LUIS

(*Aparte.*) Perdió la infeliz el juicio.

María corta las hojas en blanco de las cartas de Carlos, sonriendo irónicamente.)

¡Está cortando!... ¡Si digo
que ha perdido la razón!

MARÍA

(*Aparte.*) (Donde escribió su traición
escribiré su castigo.
Así su infamia resalta.)

Alto y drigiéndose directamente a Luis con sonrisa irónica.)

Corto las hojas en blanco
de varias cartas.

LUIS

Soy franco:
nada entiendo.

MARÍA

Ni hace falta. (*Riendo.*)

María prosigue cortando hojas en blanco, y Luis mirando con curiosidad esta operación extraña. Al fin María se detiene y vuélvese hacia Luis.)

MARÍA

¿En su carta no me dice
que me devuelve las mías,
aunque son sus alegrías,
porque al fin me tranquilice?
(*Luis asiente.*)
Pues bien, esas cartas, Luis,

voy a escribir, y tan llenas
de ternura, que a mis penas
den soberano mentís.

(Animándose por grados.)

Cesó mi agudo dolor,
di mis celos al olvido,
y que tenga he discurrido
una historia nuestro amor.
La pasión que nace ardiente,
y la nube en el espacio,
y el sol, globo de topacio
en el encendido Oriente:
con su claridad el día,
la noche que llega obscura,
el llanto de la amargura
y el llanto de la alegría;
todo empieza para ser,
todo su pasado tiene,
es crepúsculo que viene
antes del amanecer.
Aparición peregrina
de oro y grana, lenta sube
por los aires, y hoy es nube;
mas fué flotante neblina.
Antes de que rompa el sol
de la mañana los velos,
baña el azul de los cielos
con su tinta de arrebol.
Lentamente el rojo broche
se hunde en la llanura fría
del mar, pues como en el día
hay crepúsculo en la noche.
Y es crepúsculo de llanto
aquella vaga tristeza
con que poco a poco empieza
de la dicha el desencanto.
Y la alegría bien sé
que suele anunciarse aquí,

(Poniéndose una mano en el corazón.)

mas como yo la perdí
ya su alborada olvidé.
¡Muestre usted, Luis, más ardor!
¡Abra el pecho a la alegría!
¡Que llega, aunque triste y fría,
el alba de nuestro amor!
Le amaré al principio poco...
y más tarde ¡con delirio!
Así creció mi martirio,
por grados.

LUIS

¡Me vuelvo loco!

MARÍA

La escala he de recorrer
de su infamia sin recelo,
y van a ser mi modelo
sus cartas a esa mujer.

(*Comenza aescribir febrilmente sobre las hojas en blanco que cortó. Luis, de pie, la contempla. De cuando en cuando levanta la cabeza María y dirige una sonrisa a Luis.*)

LUIS

(*Aparte.*) (No consigo adivinar
sus proyectos... ¿Mas qué importa? (*Pausa.*)
Sobre las hojas que corta
escribe sin descansar.)

MARÍA

(*Aparte.*) (Ya Carlos habrá olvidado
este romántico estilo;
hoy vive ya más tranquilo
cerca del objeto amado.)
Lea usted.

(*A Luis dándole la carta que acaba de escribir.*)

LUIS

Luis de mi vida...

(*Sigue leyendo la carta en voz baja. María escribe.*)
(*Aparte.*) (Por qué, pobre corazón,
te conmueve esta pasión

que pinta, siendo fingida?
¿No estás, necio, en el secreto?
¿Ignoras que están tomadas
sus frases enamoradas
de las cartas a Loreto?
¿Que no está pensando en ti,
que en Carlos está pensando?
¿Y qué importa?... No sé cuándo,
pero ¡ay, María! que así,
de la confianza en la calma,
pudiera llegar traidor,
y poco a poco mi amor
hasta el fondo de tu alma.
Repíteme que me quieres,
oye mi amante porfía,
que yo bien sé, vida mía,
que virtud en las mujeres,
es como nieve en la cumbre
de alta y áspera montaña,
que de amor la roja lumbre
derrite cual sol los hielos,
que bajan luego bullentes
a los lagos y a las fuentes
para reflejar los cielos.)

MARÍA

Basta y pienso que son hartas.
(*Distribuyendo las cartas.*)
Las divido de este modo: (*A Luis, sonriendo.*)
la de usted antes de todo,
(*Separándolas en dos grupos.*)
las de Carlos y mis cartas.
(*Señalando sus cartas y hablando consigo misma.*)
De aquéstas las suyas son
comprobante necesario,
como un libro talonario
de su infamia y su traición.
Y pues tan triste es la suerte
del espíritu orgulloso,
que de su vida y reposo

dispone materia inerte;
de estos mezquinos objetos,
sin vida y sin libertad,
ha de hacer mi voluntad
esclavos de mis secretos.
Por los cortes que tracé,
como en billetes de banco,
cuando las hojas en blanco
de tus cartas separé,
siempre me es dado a ajustar
a las suyas estas mías;
y en verdad que mis porfías
premio lograron hallar,
pues tal perfección alcanza
el ajuste y tal limpieza.
que jamás a una vileza
más se ajustó mi venganza.

(*Pone una de las hojas de las cartas de Carlos y la correspondiente suya, de suerte que ajusten por la línea del corte, y ríe irónicamente al ver la exactitud de la unión: todo esto mientras pronuncia los anteriores versos, de manera que al decir los dos últimos vea el público cómo materialmente se efectúa dicho ajuste.*)

LUIS

(*Aparte.*) (¡Es pueril satisfacción,
es capricho singular!)
(*Alto.*) ¿Me quiere usted explicar?...

MARÍA

Cuando llegue la ocasión.
Algo falta... (*Meditando.*) Preciso es
que entre Carlos cuando venga.
Haré que Juan le prevenga,
y a Juan yo.

(*Se detiene como variando de pensamiento.*)

Mejor, Inés.

(*A Luis, dirigiéndose a la segunda puerta de la izquierda.*)

Vuelvo al punto, espere aquí.

LUIS

¿Aunque Carlos venga?

MARÍA

(*Deteniéndose.*) No.

LUIS

¿Pues dónde me oculto yo
cuando él llegue?

MARÍA

¿Dónde?... Allí.

(*Señalando la puerta de la derecha.*)

LUIS

(*Haciendo un movimiento para detener a María.*)

Nada sé y nada pretendo
de sus proyectos saber:
dueña es usted de mi ser;
mas a lo que yo comprendo
usted arriesga, María,
en lance bien peligroso
la existencia de su esposo.

MARÍA

(*Con soberano desdén.*)
¿Cuidó él tanto de la mía?

(*Sale María por la segunda puerta de la derecha.*)

ESCENA VI

LUIS

La previne: no escuchó:
mi conciencia he descargado.
¡Adelante con los celos
y con mi amor insensato!
Ni los risgos desconozco
de esta empresa en que me lanzo,
ni soy tan necio que ignore
que terminará cruzando
hierro o plomo con el hombre
a quien di por muchos años
con el título de amigo
mi leal y franca mano.

El desenlace se acerca:
ni sé cómo, ni sé cuándo
llegará; pero que llega,
y con sangre y con escándalo,
me lo está diciendo a voces
ese papel que he firmado.
(*Suena una campanilla.*)
¡Venga, si por fin arrojan
entre mis amantes brazos
esa mujer hechicera
de tez blanca y ojos garzos,
sus propias ciegas venganzas
y las traiciones de Carlos!

ESCENA VII

DON LUIS y JUAN.

JUAN

¿Llamó el señor?

LUIS

No: sin duda
la señora le ha llamado.
(*Suena otra vez la campanilla.*)

JUAN

(*Aparte.*) (¡Vaya un trasnochar! ¡Jesús!
¡Y qué casa! Yo me marcho:
yo soy un hombre tranquilo
y no estoy acostumbrado
a estos enredos. ¡Don Luis!...
¡Y la señora!... ¡Y don Carlos,
que no vuelve!...
(*Suena otra vez la campanilla.*)
¡Si ya voy!
¡Si voy al momento!... ¡Malo!...
(*Sale Juan por la segunda puerta derecha.*)

ESCENA VIII

LUIS

Es angelical María,
pero Loreto es el diablo,

y si allá en el cielo vence
siempre el bueno al ángel malo,
toma revancha en la tierra
el negro espíritu alado.
Y no sé por qué imagino,
al ver el contorno mágico
de Loreto, sus desnudas
espaldas, su cuello pálido,
sus negras trenzas deshechas
y sus grandes ojos pardos,
qué inmensas alas de sombras
coronan sus hombros blancos. (*Pausa.*)
¡Pobre María, que lucha
con afán desesperado,
contra la astuta sirena,
contra la pasión de Carlos,
y contra mí... ¡que la adoro
y que a su ruina la arrastro!

ESCENA IX

DON LUIS y JUAN.

JUAN

¡Vengo confundido, absorto!...
¡Esto jamás ha pasado!

LUIS

¿Pues qué ocurre?

JUAN

Dar dinero,
por que cuando llegue el amo
se avise que el amo llega,
o también para llevárselo
con pretextos e invenciones,
impidiendo que en el cuarto
de la señora penetre,
esto es natural y es claro.
¿No es verdad, señor don Luis?
Aunque yo soy hombre honrado
y tranquilo, y no me gustan
ni picardías ni escándalos,

tales cosas pasan hoy,
que no teniendo cerrados
los ojos preciso es verlas.

LUIS

Y bien, ¿qué?

JUAN

Pues voy al caso.
¡Caso nuevo, inverisímil;
digo más, extraordinario!
Entro, como usted ya sabe,
y allí me estaba esperando...

LUIS

¿La señora?

JUAN

La doncella.
Pero es igual. El mandato
de la señora cumplía.

LUIS

¿Y cuál era?

JUAN

¡El más extraño!...

LUIS

¿Acabarás?

JUAN

Sí, señor;
sí señor: voy acabando.
(*Acercándose a don Luis y diciendo con mucho misterio.*)
Me hizo aprender una historia
para contársela al amo
en el instante que llegue,
de la cual el inmediato
efecto será que aquí
de fijo entrará don Carlos.
¡Estando usted!

LUIS

¡Insolente!

(*Suena el reloj de la chimenea.*)

JUAN

¡Oiga usted!... ¡Ya son las cuatro!

Yo debo contar que usted
vino esta noche, que hablando
estuvo usted mucho tiempo
con la señora, que llantos
escuché desde la puerta,
que usted se marchó, y que al cabo
de muy poco, unos papeles
usted en persona trajo.
¿Qué le parece la historia?

(Pausa. Juan procura recordar lo que ha de referir a Carlos.)

Yo debo contar primero
que vino usted, y no cargo
mi conciencia, no señor,
ni a la estricta verdad falto;
porque tan vino esta noche
como que aún no se ha marchado.
Yo debo contar después,
que con la señora hablando
estuvo usted mucho tiempo,
lo cual también es exacto:
llegó usted dadas las doce
y ha poco dieron las cuatro.
Que en esa... conversación
la señora soltó el trapo
a llorar: verdad también:
suspiros, sollozos, llantos
escuché sin pretenderlo.

LUIS

¡Tunante!

JUAN

¡Si son los cuartos
tan pequeños en Madrid!

LUIS

Concluye.

JUAN

Pues de eso trato,
que el señor vendrá ya pronto.
Yo debo seguir contando

que usted se marchó; que tuvo
la señora largo rato
un fiero ataque de nervios,
y que poco después trajo
usted mismo unos papeles,
que Inesilla con recato
entregó a doña María,
la cual los tiene guardados.
En esto último no todo
es historia, pero al cabo
hay cierta aproximación
suficiente para el caso.
Que hubo papeles se ve, (*Mirando a la mesa.*)
y sin duda usted los trajo.
El irse y el haber vuelto
no es difícil de agregarlo
para calmar mi conciencia
de hombre recto y timorato.
No se fué: lo reconozco.
Tampoco ha vuelto: esto es claro.
Son dos inexactitudes,
pero en sentido contrario.
¿No es lo mismo ir y volver
que quedarse? Pues al cabo
resulta desde la cruz
a la fecha mi relato,
limpio, correcto, severo,
como cumple a un hombre honrado.
Y aquí tiene usted la historia
que debo contar al amo.
¿Usted qué opina, don Luis?

LUIS

La señora lo ha mandado
y a ti obedecer te toca.

JUAN

Además un buen regalo
me ha prometido.

LUIS

¡Adelante!

JUAN

(*Aparte.*) (¡Y también él quiere!... Vamos,
no lo entiendo.) (*Alto.*) ¡Un coche llega!
Él es, sí: viene don Carlos. (*Sale.*)

ESCENA X

MARÍA y LUIS

MARÍA

(*Entra apresuradamente.*)
Allí, Luis:
(*Señalando a la primera puerta de la derecha.*)
él ha venido.
Y yo le ruego que en tanto
que no le avise...

LUIS

Señora,
mi voluntad de sus labios
está pendiente: seré
no ya su amigo, su esclavo.
Pero si Carlos me ofende,
si creyéndose ultrajado
me exige satisfacción...

MARÍA

(*Con cierta ironía.*)
Pues son ustedes entrambos
caballeros, se supone
que cumplirán como bravos;
pero hasta entonces...

LUIS

María...

MARÍA

¡Pronto, Luis... Por Dios!
(*Instándole para que se oculte.*)
Al cabo.
(*Sale Luis por la primera puerta de la derecha.*)

ESCENA XI

MARÍA

(*Recoge apresuradamente las cartas: guarda las de Carlos y conserva en la mano las de Luis y las suyas propias.*

Ahora empieza mi papel,
ahora su castigo empieza;
sepa ya el esposo infiel
lo que cuesta una vileza
de lágrimas y de hiel.
En mí como en un espejo
va a mirarse el criminal;
¡yo, que traiciones semejo,
y soy cual limpio cristal
que mancha impuro reflejo!
Él va a juzgarse a sí mismo
creyendo juzgarme a mí;
él, en su ciego egoísmo,
pensará que yo caí
hasta el fondo del abismo.
Hará de severo alarde, (*Con ironía.*)
dictará fiera sentencia;
que por escarmientos arde
la escrupulosa conciencia
del que es traidor y cobarde.

(*Se recuesta en el sofá: finge que duerme y va ejecutando los movimientos que indica el verso. Toda esta última parte es evidentemente irónica.*)

Ya duerme la delincuente.
¡Qué angustiosa pesadilla!
¡Qué palidez en su frente!
¡Cuál rueda por su mejilla
de terror lágrima hiriente!
(*Se interrumpe para reir.*)
En sueños terca me afano
mis cartas por defender:
la de Luis ¡destino insano!

está abierta y va a caer
desprendida de mi mano.

(Queda María sobre el sofá fingiendo que duerme: en una de sus manos oprime con fuerza, pero de modo que se vean, las cartas que copió de las de Carlos, y que parecen ser dirigidas a Luis, y las acerca mucho a su pecho como para defenderlas. Sobre su falda, en contacto con su mano, pero ya desprendida de ella, coloca la carta que escribió Luis, y así espera breves instantes, siempre sonriendo, la llegada de Carlos.)

ESCENA XII

MARÍA, fingiendo que duerme, CARLOS.

No comprendo, vive Dios,
la historia que Juan relata.
¿De qué misterio se trata? *(Con indiferencia.)*
¡Llanto... papeles... los dos!...
Pero dice que está enferma
y esto me puso intranquilo.
¿Debo entrar? No sé: vacilo.
Quizá la pobre ya duerma.
(Pausa: vuelve la vista y ve a María.)
¡Ella!... ¡María!...
(Pausa: la observa con cariño, pero sin acercarse.)
¡Qué hermosa!
¡Yo la amaba con ternura!
No hay una frente más pura
que la frente de mi esposa.
Hoy me vence la pasión;
es mi delirio Loreto,
y llevo impuro secreto
guardado en el corazón.
Pero su fondo escudriño,
y bajo aparente calma
hallo que conserva el alma
aquel antiguo cariño.
El hermoso cielo él era
de mi vida. De oro y grana

Loreto nube, que ufana
empañó su azul esfera.
(*Dirigiéndose a María.*)
Mas no temas; que el encanto
de la nube desparece
cuando el sol no la enrojece;
y entonces su rico manto
se trueca en obscuro tul,
y se deshacen sus velos,
y eternos quedan los cielos
con su firmamento azul.
Es la pasión quien de paso
da a la nube su arrebol;
pero siempre halla este sol
en el hastío su ocaso.

(*Se acerca a María y la observa con atención y cariño.*)

¡Hay llanto sobre su faz!
Sueña con Eugenio, sí. (*Con seguridad.*)
¡Yo que me olvido de ti!... (*Pausa.*)
¡Adios, mi bien: duerme en paz!

(*Se aleja algunos pasos, después se detiene y vuelve a mirarla.*)

¡Si borrar pudiera un beso
mi pasión y tus agravios!
He de rozar con mis labios...

(*Se acerca otra vez a María y se inclina para besarla en la frente; pero repara en las cartas y se detiene sorprendido.*)

¡Pero... papeles! ¿Qué es esto? (*Recordando.*)
Los de la historia de Juan.
¡Y una carta al parecer!
(*Mirando la carta de Luis.*)
¿La carta qué podrá ser?
¿Los papeles qué serán?
Coger puedo esos objetos...
¡Y lo haré por vida mía!
¿Por qué no? Jamás María
tuvo para mí secretos.

(*Va a coger la carta de Luis, pero vacila y se detiene.*)

¡Necios escrúpulos!... ¡Vamos!
y sin turbar su reposo...
¿Acaso no soy su esposo?

(*Coge con mucho cuidado la carta de Luis que estaba sobre la falda de María.*)

No ha despertado. (*Mirando otra vez a María.*)
Veamos.
Dice... (*Comenzando a leer.*)
¡Adorada María!...
¡y firma la carta!... (*Buscando con afán.*)
¡¡Luis!!

(*Se detiene dando muestras de violentísima agitación. El actor interpretará este momento como crea oportuno.*)

¡¡Torpes sospechas, mentís!!
¿No es ella la esposa mía?

(*Con expresión de suprema confianza. Pausa.*)

Soy un insensato: calma.

(*Procura serenarse, y después lee, sin detenerse, la carta, pronunciando sólo en alta voz, y con agitación creciente, las frases que marcan los versos.*)

...¡Tus cartas!... ¡Dos años há!
...¡él nunca sospechará!
...¡Adiós, alma de mi alma!
(*Pequeña pausa.*)
¡Se perturba mi razón!
¡Se me obscurece la vista!
¡Tiembla como rota arista
mi mezquino corazón!

(*Como luchando interiormente por apartar una idea horrible.*)

¡Mi propio seno desgarro
a impulsos de mi locura!
¡Ella, la del alma pura!
¡Ella, el ángel!... ¡ella, barro!
¿Mas, son certezas mis celos?
¿No existen negras traiciones?
¿Han sido siempre ficciones
los Yagos y los Otelos?

¡Pensamiento, que te apartas
de la triste realidad,
allí tienes la verdad
escrita en aquellas cartas!

(*Señalando las que conserva María en la mano.*)

Si es inocente, ¿por qué
la mano cierra convulsa?
¡A verlas honor me impulsa,
y por Dios que las veré!

(*Se aecrca a María y le quita las cartas con precaución. María finge alguna resistencia.*)

¡Al fin! ¡La prueba precisa!
(*Mirando a María.*)
¡Creyera que me provoca,
vagando en su bella boca
una irónica sonrisa!
¡Goza en tu alegre soñar,
goza en tu feliz letargo,
porque ha de ser muy amargo,
María, tu despertar!

(*Quiere leer las cartas y no lo consigue porque se le turba la vista.*)

¡Quiero estas cartas leer!
¡Quiero apurar mi amargura!
¡Y es la noche tan obscura
que sombras hay por doquier!
¡Su letra!... ¡Pienso que lloro!
¿Qué dice aquí?...—¡Te amo tanto!
(*Leyendo.*)
¡Yo verter cobarde llanto!
(*Enjugándose los ojos.*)
¿Y qué dice aquí?...—¡Te adoro! (*Leyendo.*)
¿Y al principio?...—¡Vida mía! (*Id.*)
¿Y al fin?... —¡Para siempre tuya! (*Id.*)
¡Ella le dice que es suya!
¡Ella! ¡Mi esposa! ¡María!

(*Da muestras de grande desesperación. El actor interpretará este momento como juzgue oportuno. Mientras Carlos se esfuerza por leer las cartas, María se incorpora con precaución, y sigue con profunda ale-*

gría y risas irónicas los varios movimientos de Carlos. Al talento de la actriz queda encomendada esta y las difíciles escenas que siguen. Pausa: se recobra un tanto y dice con acento reconcentrado y terrible.)

Que algo olvido se me antoja:
alumbró mi obscuridad
un rayo de claridad:
¡luz, mucha luz, pero roja!
¡Luis! ¡tan noble y caballero!
¡y tan amigo y tan franco!
¡Guardó las hojas en blanco!

(Señalando irónicamente el borde de las cartas de Luis.)

Blanco serán de mi acero.
Es forzoso concluir.
¡Vas, esposa, a despertar!
(Con acento terrible.)
Es ya sobrado soñar
sueños que hacen sonreir.
¡Despierta!...

(Sacudéndola un brazo violentamente.)

MARÍA

¡Carlos, mi amor!

CARLOS

¡María!

(Vacilando y retrocediendo ante María que avanza cariñosa hacia él.)

MARÍA

¡Qué dulce calma
soñando gozaba el alma! *(Con languidez.)*

CARLOS

(Aparte.) ¡Cómo finge!

MARÍA

(Aparte.) ¡Qué traidor!)

(María se acerca a Carlos y se apoya en él lánguidamente. Carlos, luchando con sus sentimientos, unas veces la rechaza con ira, otras la atrae con pasión. Los actores darán a esta escena el carácter que crean más propio.)

¡Cuánta ventura! ¡Es muy tarde!

¿No es verdad, esposo mío?
¿Estás triste?... ¿qué desvío?

CARLOS

(*Aparte.*) (¡A mi voluntad cobarde
ayudad, memorias todas!)

MARÍA

Comienza a clarear el día.
(*Mirando hacia el balcón.*)

CARLOS

Así clareaba, María,
la noche de nuestras bodas.
¿Te acuerdas? ¡Responde!

MARÍA

¡Sí!

CARLOS

¡Los dos el salón dejando
y el corazón palpitando,
solos vinimos aquí!
¡Todo en silencio y obscuro
cual santuario misterioso!
¡Murmuraba tembloroso
mi nombre tu labio puro!
¡Oh, celestial ilusión,
vuelve a mí!

MARÍA

¡Carlos!
(*Dominada a pesar suyo.*)

CARLOS

¡María!
¡en el silencio se oía
palpitar tu corazón!
Blanco, puro, transparente,
el albor de la mañana,
al través de esa ventana
bañó tu pálida frente!
—¡Tuya por siempre!—dijiste
¡y llorando me abrazaste!

MARÍA

¡Tú, Carlos, también juraste!

CARLOS

(*Con acento terrible y asiéndola del brazo con violencia.*)

¡Pero tú, infame, mentiste!

MARÍA

(*Fingiéndose aterrada y retrocediendo. Carlos avanza sobre ella amenazador.*)

¿Por qué tan fieros enojos
en tu voz que vibra airada?
¿Por qué hay fuego en tu mirada
y lágrimas en tus ojos?

CARLOS

¿Por qué?... ¡¡Porque amas a Luis!!

(*Casi al oído en voz reconcentrada y terrible.*)

MARÍA

¡Jesús!

CARLOS

¡Tengo pruebas hartas!

MARÍA

¡No, Carlos, no!

CARLOS

¿Y estas cartas?

MARÍA

¡Las cartas y tú mentís!

(*Con extraordinaria energía.*)

CARLOS

¡¡Me asombra tanta maldad!!

(*Confundido y algo desconcertado.*)

MARÍA

(*Aparte.*) (¡Me olvidé de mi papel!)

CARLOS

(*Con superioridad abrumadora.*)

¡Conserve al menos la infiel
la honradez de la verdad!

(*María se finge vencida: baja la cabeza y oculta el rostro entre las manos.*)

CARLOS

¿Al fin confiesas?...

MARÍA

¡Perdón!...

¡Llorando tu cuello ciño!...
María procura abrazar a Carlos, pero éste la rechaza con dulzura.)

CARLOS

¿Qué has hecho de aquél cariño
que puse en tu corazón?
¡Mi propio nombre te di
y mi esperanza y mi fe!
¿Por qué insensato te amé?
¿Por qué ¡ay, Dios! te conocí?

MARÍA

¿No podré, Carlos, borrar
la inmensidad de mi culpa?

CARLOS

Para el crimen no hay disculpa.

MARÍA

¿Pues, qué me resta?

CARLOS

¡Llorar! (*Pausa.*)
Cuando la traición nos hiere;
cuando el ser a quien amamos,
por quien todo lo olvidamos,
otro cariño prefiere;
cuando de sí nos arroja
y su esquivez nos humilla;
cuando el llanto en la mejilla
más que la quema la moja,
se extingue toda ilusión
por aquél que nos agravia,
y de la vida la savia
se seca en el corazón.
¡Tú, que al doméstico hogar
la deshonra me trajiste;
tú, que los lazos rompiste
jurados en el altar!...
(*Aparte.*) (¡Mis ojos el llanto arrasa...!)
¡tú... lo digo con dolor. (*En alta voz.*)

pero lo exige el honor!
¡debes salir de esta casa!

MARÍA

¡Por Dios!... (*Fingiéndose aterrada.*)

CARLOS

(*Aparte.*) (Aunque me taladre
su pena el alma!) (*En voz alta.*) ¡María,
al primer rayo del día
a unirte irás con tu madre!

(*Carlos rechaza suavemente a María y va a caer des llecido en el sillón que está junto a la mesa de la quierda. María se deja caer en el sofá de la de cha. Ambos permanecen silenciosos. Comienza a rear el día. Pausa. Carlos hace sonar un timbre habrá sobre la mesa.*)

ESCENA XIII

Dichos y JUAN

CARLOS

Juan. (*Suena el reloj.*)

JUAN

¿Señor?

CARLOS

¿Dieron?...

JUAN

Las cinco.

CARLOS

Al fin concluyó la noche.

JUAN

¿Llamaba el señor?

CARLOS

El coche.

JUAN

Al momento. (*Aparte.*) (Con ahinco
busco de luz un destello
por averiguar qué pasa
en esta bendita casa,
y nada, no doy con ello.) (*Sale Juan.*)

ESCENA XIV

MARÍA y CARLOS

evantándose lentamente y acercándose a Carlos que parece abismado en su dolor.)

MARÍA

¡Carlos, por última vez!
(*Con voz suplicante.*)

CARLOS

Es inútil. (*Sin volverse.*)

MARÍA

¡Un favor!
¡el postrero de tu amor!
¡Mira mi pálida tez!
¿La ves anegada en llanto?
¡Eugenio!... (*Con voz cada vez más tierna.*)

CARLOS

Queda conmigo.
Ese será tu castigo.

MARÍA

(*Fingiendo desesperación.*)
¡Perderle siendo mi encanto! (*Pausa.*)
¡Carlos, tu enojo refrena!
¿Nada mi crimen disculpa?

CARLOS

¿De quién es, mujer la culpa?
Tuya: pues sufre la pena.

MARÍA

¡Es tu corazón de roca!

CARLOS

¡Es inmenso mi dolor!

MARÍA

¡Jamás olvidé tu amor!

CARLOS

¿Así profana tu boca?...
¡Vete! (*La rechaz acon indignación.*)

MARÍA

¡Escúchame!

CARLOS

¡Jamás!

MARÍA

¡Una distracción galante!

(*Con fingida candidez, en cuyo fondo hay algo de iro*

Fué mi amigo, no mi amante.

¡Lo juro, Carlos!

CARLOS

(*Dominándose apenas.*) ¡No más!

MARÍA

(*Marcando aún más la ironía.*)

¡A veces nos avasalla

un delirio, un arrebato!

CARLOS

(*Con desesperación.*)

¡Y la escucho y no la mato!

MARÍA

¡Te amo tanto, Carlos!

(*Acercándose cariñosamente a Carlos.*)

CARLOS

(*Rechazándola.*) ¡Calla!

MARÍA

Alguna frase imprudente

que nada, Carlos, encubre:

ligerezas...

CARLOS

¡Ves que cubre

mortal palidez mi frente!

MARÍA

Si leyésemos con calma

esos papeles...

CARLOS

¡María!

(*Con voz suplicante y procurando apartarse de el*
pero María le sigue.)

MARÍA

Justificarme podría.

CARLOS

¡Vete!

MARÍA

¡Carlos de mi alma!

(*Carlos hace esfuerzos por no oirla: María insiste.*)
También hay en las mujeres
(*Con cierto tinte de candidez e ironía.*)
ilusiones pasajeras:
la importancia tú exageras
de esas cartas...

CARLOS

(*Con acento terrible.*)
¿Tú lo quieres?

MARÍA

¡Sí, Carlos!

CARLOS

¡Tu voluntad
es la muerte de los dos! (*Ciego de ira.*)

MARÍA

¿Y bien?

CARLOS

¡Escucha!
(*La coge por un brazo y la trae a sí violentamente.*)

MARÍA

¡Por Dios!

CARLOS

¡Él de ti tenga piedad!
(*Leyendo con voz alterada.*)
"Adorado Luis: es muy tarde y aún no he podido cerrar mis cansados párpados. Tú me faltas, y sin ti no hay para tu María ni sosiego, ni reposo, ni es la existencia más que tormento intolerable.

MARÍA

¿Y esto qué prueba?
(*Se detiene algunos instantes y la mira con profundo estupor: María sonríe con inocencia.*)
¡Me asombra
la audacia de esta mujer!
¡Alrededor de mi ser
se va extendiendo la sombra!

MARÍA

(*Cubriendo los ojos con las manos.*)
Sigue, Carlos.

CARLOS

¡Que prosiga!

MARÍA

Y sin temor.

CARLOS

Pues escucha.

(*Sigue leyendo con voz sorda y contenida, y casi maqui nalmente.*)

"Estoy sola y puedo escribirte. Sola, sí. ¡Carlos no h vuelto y Eugenio duerme! ¡Carlos, Eugenio, los do seres que más amaba yo en el mundo antes de cono certe!...

MARÍA

¿No acabas?

CARLOS

No, que esta lucha
me enloquece y me fatiga...
¡Toma y huye!

(*Le da la carta a María; ésta la toma, pero sigue inmóvil.*)

MARÍA

¡Por el cielo!
(*Al ver que María no se marcha.*)

CARLOS

¿No estás viendo que en mis ojos
por el delirio ya rojos,
se extiende de sangre un velo?

MARÍA

(*Aparte.*) (A mi carta substituyo
la que a Loreto escribió.)

(*Hace con precaución el cambio de una carta por otra.*)

¿Por qué no terminas?

(*Alto y procurando darle la carta, pero Carlos se resiste.*)

CARLOS

¡No!

MARÍA

Que ya vacilas, arguyo.
(*Con acento provocativo.*)

Le sigue con la carta en la mano insistiendo en que la tome, pero sin conseguirlo por la obstinación de Carlos.)

¡Sigue leyendo!

CARLOS

¡No más! (*Defendiéndose.*)

MARÍA

¡Sigue, que acepto el combate! (*Con fiereza.*)

CARLOS

¿Anhelas que yo te mate?
¡Pues bien, lo conseguirás!
¡Tiemble la mujer liviana! (*Fuera de sí.*)
¿Quieres que tu carta lea?

MARÍA

¡Mil veces sí!

CARLOS

¿Sí?... ¡Pues sea!
¡Y al despuntar la mañana,
por destrozo de esta lid,
de mi venganza pregón,
debajo de este balcón
verá tu cuerpo Madrid!

MARÍA

¡Pronto!

MARÍA

¡Ven!... ¡Escucharás
(*La trae a sí con furor.*)
tu sentencia de rodillas!

MARÍA

¡Carlos, Carlos... que me humillas!

CARLOS

¡Tu crimen te humilla más!

Comienza Carlos a leer, pero sin encontrar el punto en que lo dejó, dudando y repitiendo las palabras.)

"Tú me faltas... ni la existencia más que tormento in-
olerable... los dos seres...—¡ah!...— los dos seres...
–¡sí!... los dos seres que yo amaba más en el mundo
ntes de conocerte, Loreto de mi vida... ¡Loreto de mi
ida! ¡Loreto de mi vida!

(*Después de repetir dos veces maquinalmente el nom de Loreto, se detiene Carlos asombrado de lo que a ba de leer. Mira a su alredor con desvarío, se pasa mano por la frente, contempla con estupor a María, q sigue arrodillada a sus pies, y demuestra en todos s movimientos la confusión que le domina. El actor, a p sar de estas observaciones, interpretará este momen como juzgue oportuno.*)

(*Aparte.*)
(¡Cómo!... ¡Qué!... ¿Yo dije?... No.)
¡Aire!... ¡Luz!... ¡Me vuelvo loco!
¿Qué es esto?... No... poco a poco...
Un vértigo me turbó.

(*Vuelto de nuevo a mirar la carta. En tanto María, siem pre de rodillas, le contempla con sonrisa sardónica.*)

(*Aparte.*) (¡De Loreto el nombre miro!)
¿Qué es esto?

MARÍA

Prosigue.

CARLOS

Espera...
¡Una ilusión pasajera!...
(*Aparte.*) (Dice "¡Loreto..." ¡Deliro!)

MARÍA

¿De tus venganzas en pos
no sigues?

CARLOS

(*Mirando otra vez la carta y aparte.*)
Dice: María
y Eugenio!... ¡La letra es mía!
(*Deja caer la carta, que María recoge sin levan- tarse.*)

MARÍA

Leeremos juntos los dos.

(*Siempre arrodillada, pero obligando a Carlos a que se incline hacia ella.*)

(*Leyendo.*) A poca distancia de mí duermen María y Eugenio; los dos seres que yo más amaba en el mundo antes de conocerte, Loreto de mi vida. ¡Hoy qué son pa-

mí? Si su recuerdo pasa por mi memoria, más es como nbra molesta que como imagen querida. Es que tu amor, reto de mi alma, se ha apoderado como dueño absoluto mi ser, y tu Carlos diera por sólo un beso tuyo...

CARLOS

¿Qué es esto, Dios de los cielos,
que mi razón enloquece?

MARÍA

Esto es, Carlos, que amanece
sol que rasga negros velos.
¡Basta de infame ficción.
(*Levantándose con energía.*)
y de cobarde comedia,
que ya mi altivez me asedia
con gritos de indignación.

CARLOS

¿Pero aquella horrible carta
que yo con mis ojos vi...?

MARÍA

Aquí la tienes, aquí, (*Presentándosela.*)
que ya mi paciencia es harta.
Escucha, Carlos, la historia
que alucinó tu razón,
o por sobra de pasión
o por falta de memoria.
(*Pequeña pausa. María relata con rapidez.*)
Hoy descubro tu secreto;
la verdad por fin te arranco:
sobre las hojas en blanco
de tus cartas a Loreto,
dominando mi dolor,
secando mi llanto ardiente,
voy copiando lentamente
tus tiernas frases de amor;
ruego a Luis y al fin escribe
compasivo; llamo a Inés,
ella a Juan llama después,
y a tu vuelta le apercibe
con una historia mentida;

te repite Juan el cuento,
penetras en mi aposento
y me finjo la dormida;
y aquí ya el esposo infiel,
a entender por fin empieza
lo que cuesta una vileza
de lágrimas y de hiel.
En mí como en un espejo
viste tu amor criminal:
yo soy el limpio cristal
y tú el impuro reflejo.
Aquesta es la triste historia
que alucinó tu razón,
o por sobra de pasión
o por falta de memoria.

CARLOS

(*Hablando consigo mismo.*)
Todo así por fin se explica...
¡pero esta duda fatal!...
¡una prueba material!;
¡mi angustia te lo suplica!

MARÍA

(*Mostrando las cartas de Carlos.*)
De mis cartas éstas son
comprobante necesario,
como libro talonario
de tu infamia y tu traición.
(*Ajustando dos cartas, una de Carlos y otr suya.*)
¿Tus cartas ves ajustar
por los bordes a las mías?
¿No es verdad que mis porfías
premio lograron hallar?
¡Tanta perfección alcanza
el ajuste, y tal limpieza,
que jamás a una vileza
más se ajustó una venganza!

CARLOS

¡Es la luz! ¡La luz del día! (*Con arrebato.*)

¡Es la verdad; la evidencia!
¡Miraba yo mi conciencia
y dudaba de María!

MARÍA

(*Aparte.*) (¿Por qué, corazón cobarde,
su alegría te conmueve?
¡es el traidor, el aleve!)

CARLOS

¡Ven a mis brazos!

MARÍA

Es tarde. (*Retrocediendo.*)
Ya conoces mi secreto
y estás tranquilo por ti;
pero no piensas en mí,
ni en tu infamia, ni en Loreto.
Cuando la traición nos hiere;
cuando el ser a quien amamos,
por quien todo lo olvidamos,
otro cariño prefiere;
cuando de sí nos arroja
y su esquivez nos humilla;
cuando el llanto en la mejilla
más la quema que la moja;
cuando por horrible prueba,
ella, la esposa ultrajada,
oye leer arrodillada
las cartas a la manceba,
se extingue toda ilusión
por aquél que nos agravia,
y de la vida la savia,
se seca en el corazón.
Un abismo nos separa;
me repugna tu regazo;
rompiste el divino lazo
que postrados ante el ara
por siempre unirnos debió.

CARLOS

¡María!

MARÍA

En mi pecho frío
sólo hay tristeza y hastío.

CARLOS

¿Y tu cariño?

MARÍA

Murió. *(Pausa.)*
De la mujer tan escasa
la autoridad siempre fué,
que como tú, no podré
decirte: sal de mi casa;
pero aunque el dolor taladre
mi pecho, si al ser de día
aquí estás...

CARLOS

¡Por Dios, María!

MARÍA

Iré a unirme con mi madre. *(Pausa.)*
Grato me fuera vivir
entre recuerdos de ayer...
si esta casa he de perder...

CARLOS

Es justo: debo partir.

MARÍA

Eugenio queda conmigo,
necesito que mi llanto
seque.

CARLOS

¡Pero él es mi encanto!

MARÍA

¡Ése será tu castigo!

ESCENA XV

DICHOS y LUIS

MARÍA

(Dirigiéndose al cuarto en que está Luis oculto.)
¡Luis!
(Se presenta Luis deteniéndose a pocos pasos de la puerta. Movimiento de sorpresa de Carlos.)

Me vence la emoción
y necesito reposo.
Repita usted a mi esposo
que en esta triste ficción
sólo cediendo a mi llanto,
tomó usted parte por mí.

LUIS

Así fué, señora.

MARÍA

Sí:
y cuánto agradezco, cuánto,
su bondad; yo no podría
explicar cumplidamente.
¡Adiós! ¡Se abrasa mi frente!

Se dirige María a la primera puerta de la derecha, Luis se aproxima al paso.)

LUIS

(*Aparte.*) (¿Y sus promesas, María?)

MARÍA

Aparte y mirando con soberana altivez y desprecio.)
(Ha podido comprender
que ante todo soy honrada;
y ya la traición pasada
al traidor no hé menester.) (*Vase.*)

ESCENA XVI

CARLOS y LUIS

LUIS

(Mirando hacia la puerta por donde María salió.)
(¿Y he de rendir vasallaje
a su virtud?)

CARLOS

(Poniendo una mano en el hombro a Luis.)
Del amigo
dignas son, Luis, de castigo
aún apariencias de ultraje.

LUIS

En mí tienen fiador

mis actos malos o buenos,
pero convendrás al menos,
si no te ofusca el rencor,
que poco duró el engaño;
y que si cómplice he sido
de María y he fingido,
no fué, Carlos, en tu daño.

CARLOS

Tan grande es mi confusión
en este angustioso instante,
que al verte de mí delante
le pregunto a mi razón,
si a pesar de antiguos lazos
impune dejarte puedo,
o si a los recuerdos cedo
de amigo y te abro los brazos.

LUIS

(*Fríamente.*)
Tu conciencia en consultar
harás bien. (*Aparte.*) (Adiós, María.)
(*En voz alta.*)
A solas yo con la mía
voy también a meditar.
(*Sale lentamente por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XVII

CARLOS

(*María, observándole con precaución desde la puerta primera de la derecha.*

A solas con la conciencia,
dice Luis, y dice bien.
Cien veces, y aun otras cien,
quise yo de mi demencia
vencer la furia en secreto
y tornar a mi María,

y siempre me lo impedía
la memoria de Loreto.
¿Qué importa ya que vencido
ante esa puerta solloce?
(*Señalando al cuarto de María.*)
¡El bien nunca se conoce
hasta después de perdido! (*Pausa.*)
Me desprecia y me aborrece;
es necesario partir;
pero antes debo cumplir
sin vacilar, que envilece
la duda de un solo instante,
un imperioso deber.
¡Adiós, sirena o mujer!
¡Adiós, mi Loreto amante!...
¡No: dije mal!... ¡Ya no es mía!
¡La del llanto y el dolor,
esa mujer es mi amor,
no la de impura alegría!
¡Loreto, cuán seductora,
qué mirada tan ardiente!
¡Cuánta tristeza en la frente
de María, y cuánto llora!

(*Se detiene algunos instantes: después se sienta a escribir en el velador inmediato a la puerta en que observa María. Escribiendo y repitiendo en voz alta lo que escribe.*)

"Adiós por siempre, Loreto; una noche de angustia y de dolor ha iluminado mi conciencia y ha fortalecido mi espíritu. Todo concluyó entre nosotros. Perdóname y olvida a quien hoy quisiera olvidar delirios que le cuestan la felicidad de toda la vida y remordimientos que serán su eterno castigo. Otra vez más, Loreto; adiós para siempre.—Carlos."

(*Se levanta dejando la carta abierta sobre el velador y marcha distraído. Después se acerca al balcón y contempla las primeras luces del día. En tanto, María aventura algunos pasos; toma la carta y lee con profunda emoción.*)

CARLOS

Blanquea el negro capuz
del alba la pura esencia,
cual en obscura conciencia
esparce el deber la luz.

MARÍA

(¡Adiós por siempre, Loreto!... (*Leyendo.*
¡Luego su amor me prefiere!)

CARLOS

Hoy el destino me hiere.

MARÍA

(¿Qué me dices en secreto,
corazón, con tu latir?
¿Recuerdas tal vez su amor?)

CARLOS

¡Me falta, ay, Dios, el valor,
y es necesario partir!

ESCENA XVIII

CARLOS y JUAN

María, al ver llegar a Juan se retira a su cuarto y observa desde la puerta.)

JUAN

El coche, señor, aguarda.

CARLOS

Voy al punto.

JUAN

(¡Toma, es él!...
¡Válgame Dios, qué Babel!)
(*Juan se dirige a la ventana y mira por ella.*)
Mucho la mañana tarda,
pero abriendo este cristal
tenemos ya luz bastante.
(*Abre las dos hojas del balcón, después, toma el quinqué y se dirige a la puerta de la izquierda.*)
(Primero fué el ayudante,
ahora se va el principal.)
(*Mirando a Carlos. Sale. La escena queda únicamente iluminada por la pálida luz del amanecer.*)

ESCENA XIX

CARLOS y MARÍA

María observa desde la puerta de su cuarto hasta el momento en que, según indica el diálogo, deba presentarse.)

CARLOS

(*Disponiéndose a partir y luchando con la emoción que le domina.*)

Vapores del nuevo día,
recoged en vuestro manto
este amarguísimo llanto
y llevádselo a María.
¡Por ella lloro y por él!
¡Por el pobre pequeñuelo!
con ojos de color cielo
de quien me aparta cruel!
¡Adiós, porvenir tranquilo;
adiós, doméstico hogar;
te voy por siempre a dejar
y acongojado vacilo!
¿Qué misteriosa atracción
me llama invencible a ti?
¡Es, ay, que me dejo aquí
la mitad del corazón!

(*Dirigiéndose a la puerta de la izquierda.*)

(¡Adiós por última vez,
del alma divinos lazos;
os tiendo al partir los brazos!

MARÍA

(*Aparte.*) (¡Es mortal su palidez!)

CARLOS

El tiempo pasa veloz. (*Da algunos pasos.*)

MARÍA

¡Carlos! (*Llamándole débilmente.*)

CARLOS

(*Se detiene.*) ¡No puedo, no puedo!

Hasta pensé que muy quedo
me llamaba!

MARÍA

¡Ven!

CARLOS

¡Su voz!

(*Se vuelve y tiende los brazos a María, pero sin acercarse a ella.*)

MARÍA

¡Te llama el niño!

CARLOS

¡María! (*Sin acercarse.*)

MARÍA

¡Y te llamo yo también!

(*Tendiéndole los brazos en una explosión de cariño. Se precipitan uno a otro y se abrazan llorando.*)

CARLOS

¡La sangre choca en mi sien!
¡Yo deliro... de alegría!
¡Eres un ángel del cielo!

MARÍA

¡Silencio!

CARLOS

¡Mi pecho estalla!
¡Y tú me perdonas!

MARÍA

¡Calla
que despierta el pequeñuelo! (*Pausa.*)
¡Qué horribles ensueños, Carlos,
tuve esta noche! ¡Ay de mí!
¡Pero al despertar te vi!...
¡Y no puedo recordarlos!

CARLOS

¡No los recuerdes jamás,
te lo pido de rodillas! (*Intenta arrodillarse.*)

MARÍA

(*Conteniéndole.*)
¡No, Carlos, no, que te humillas!

CARLOS

¡Mi crimen me humilla más!
¡Rompí los infames lazos!

MARÍA

(*Casi al oído y en voz baja.*)
¡Slencio!... ¡Yo nada sé!
¡Yo te amo como te amé!

CARLOS

¡A tus plantas!

MARÍA

¡En mis brazos!

(*Se abrazan.*)

FIN DE "EL LIBRO TALONARIO"

TEATRO CLASICO

Publicará el bello y conmovedor drama, en cinco actos

EL REY SIN CORONA

del dramaturgo francés

SAINT-GEORGES DE BOUHÉLIER

JOYAS LITERARIAS

publicará en su próximo número

la original novela titulada

EL DIA DEL JUICIO

del escritor ruso

VLADIMIRO KOROLENKO

JOYAS LITERARIAS

NÚMEROS PUBLICADOS

1. Sin rumbo, por *Eugenio Cambaceres* (agotado).
2. Germán y Dorotea, por *Juan Wolfgang Goethe.*—Bola de sebo, por *Guy de Maupassant.*
3. Graziella, por *Alfonso de Lamartine* (agotado).
4. El sombrero de tres picos, por *P. A. de Alarcón* (segunda edición).
5. En la sangre, por *Eugenio Cambaceres.*
6. Un muchacho feliz, por *Bjornstjerne Bjornson.*
7. Wuata Wuara, por *Alcides Arguedas.*
8. El caso extraño del doctor Jekyll.—Los desenterradores, por *R. L. Stevenson* (agotado).
9. El ingenuo, Cómo anda el mundo y Juanico y Perico, por *F. M. Arouet de Voltaire* (agotado).
10. Pablo y Virginia, por *Bernardino de Saint Pierre.* (agotado).
11. Las damas verdes, por *Jorge Sand* (agotado).
12. Amo y criado, por *León Tolstoi.*—Caín y Artemio, por *Máximo Gorki* (agotado).
13. Oliesia, por *Alejandro Kuprin* (agotado).
14. Las campanas, por *Carlos Dickens.*
15. Los precoces, por *Feodor Dostoiewsky* (agotado).
16. El castigo del amor, por *Octavio Feuillet.*
17. La Mionette, por *Eugene Muller.*
18. La herencia, por *Guy de Maupassant.*
19. El enano negro, por *Walter Scott* (agotado).
20. Las Marana, por *Honorato de Balzac.*
21. El abate Constantin, por *Ludovic Halévy.*
22. El océano, por *Leónidas Andreiev.*

23. Insolación, por *Emilia Pardo Bazán.*
24. Marino Falieri, por *Ernesto T. G. Hoffmann.*
25. El título de propiedad, por *Edward Eggleston.*
26. Hugo el Lobo, por *Erckmann-Chatrian.*
27. La reja, por *Salvador Rueda* (agotado).
28. La reina adúltera, por *Alejandro Herculano.*
29. Protasio Lucero, por *B. González Arrili.*
30. La savia, por *Alfonso Pérez Nieva.*
31 y 32. ...Y la burra en las coles, por *Mark Twain* (agotado.)
33 y 34. Marianela, por *Benito Pérez Galdós* (agotado.)
35, 36 y 37. Salammbó, por *Gustavo Flaubert* (agotado.)
38. El Capitán Veneno, por *Pedro A. de Alarcón.*
39 y 40. La mujer gris, por *Hermann Sudermann.*
41. Enriqueta, por *F. Coppée.*—El huésped, por *Gracia Deledda.*
42 y 43. Pepita Jiménez, por *Juan Valera.*
44 y 45. Ramuncho, por *Pierre Loti.*
46 y 47. El Académico, por *Alfonso Daudet.*
48. La amiga íntima, por *María del Pilar Sinués.*
49. Juvenilia, por *Miguel Cané.*
50. Lázaro, (poema), por *Ricardo Gutiérrez.*
51. El difunto, Las singularidades de una muchachita rubia, José Mathías, por *F. Eça de Queroz.*
52. El molino silencioso, por *Hermán Sudermann.*
53 y 54. El sabor de la tierruca, por *José María de Pereda.*
55. Arsenia Guillot, por *Próspero Merimée.*
56. Margot, por *Alfredo Musset.*
57. Dafnis y Cloe. por *Longo.*
58. Nerto, por *Federico Mistral.*
59. Camila, por *Edmundo De Amicis.*
60. La marcha nupcial, por *Bjornstjerne Bjornson.*
61. Cuentos, por *Guy de Maupassant.*

62. Historia de Manón Lescaut, por el abate *Prévost.*
63. Las bodas de Yolanda, por *Hermán Sudermann.*
64. Tradiciones peruanas, por *Ricardo Palma.*
65 y 66. Misericordia, por *Bénito Pérez Galdós.*
67. Atala, René, por *F. R. Chateaubriand.*
68. La aldea de los muertos, por *Rudyard Kipling.*
69. Colomba, por *Próspero Merimée.*
70 y 71. La reliquia, por *Eca de Queirós.*
72 y 73. Zalacaín el aventurero, por *Pío Baroja.*
74 y 75. Flor del fango, por *J. M. Vargas Vila.*
76. Los deseos de Juan Servien, por *Anatole France.*
77. Un Santo, El antepasado, por *Pablo Bourget.*
78. La Angustia, El lector, por *Máximo Gorki.*
79 y 80. María, por *Jorge Isaacs.*
81. Poemas, por *Gaspar Núñez de Arce.*
82. Werther, por *Juan Wolfgang Goethe.*
83 y 84. Mireya, por *Federico Mistral.*
85. Cándido o el Optimismo, por *Voltaire.*
86. Fantasma de Oriente, por *Pierre Loti.*
87 y 88. El abuelo, por *Benito Pérez Galdós.*
89. Tartarín de Tarascón, por *Alfonso Daudet*
90 y 91. Las vírgenes de las rocas, por *Gabriel d'Annunzio.*
92 y 93. El vicario de Wakefield, por *Oliverio Góldsmith.*
94. El loco, por *A. P. Chejov.*
95. El hombre acosado, por *Francisco Carco.*
96. La Mujer y el Pelele, por *Pierre Louys.*
97. El pescador de Islandia, por *Pierre Loti.*
98. Cuentos de la Alhambra, por *Wáshington Irving.*
99 y 100. El cándido, por *Francis de Miomandre.*
101. Carmen, por *Próspero Merimée.*
102. Tres novelas ejemplares, por *Miguel de Unamuno.*
103. La pensión vitalicia, por *Luis Pirandello.*
104 La atmósfera envenenada por *Conan Doyle.*
105. Viajes humorísticos, por *Mark Twain.*
106 y 107. Renata Mauperin, por *E. y J. de Goncourt.*

SUPLEMENTO

DE

"JOYAS LITERARIAS"

En el mes próximo aparecerá el primer volumen del suplemento de nuestra publicación; dando así cumplimiento al proyecto que desde hace meses venimos elaborando con el propósito de facilitar la existencia de nuestra biblioteca, evitando el fraccionamiento de las obras en dos volúmenes, lo que a juicio de muchos de nuestros lectores resulta inconveniente. Si el público acoge con simpatía nuestra innovación, y la favorece, no nos será difícil establecer en lo venidero una norma de edición que consulte mejor los respectivos intereses.

Para iniciarnos, hemos resuelto editar como primer volumen la celebrada obra

"Madame Bovary"

DE GUSTAVO FLAUBERT

conceptuada como el modelo de la novela moderna realista, sobre la que el eminente historiador de la literatura francesa, *G. Lamson*, ha vertido, con estricta justicia, el siguiente juicio:

"MADAME BOVARY es, posiblemente, el modelo más perfecto de la novela contemporánea: es una obra de observación minuciosa y precisa, escrita en una forma

a la vez sobria e impresionante. El realismo de Flaubert jamás es una copia servil y tosca de las apariencias superficiales. Sus personajes son tan pacientemente estudiados, que al poner de relieve los detalles de su individualidad se destacan los rasgos profundos que hacen de ellos tipos poderosos y comprensibles. La obra fué considerada en la época de su aparición como brutal; pero en su conjunto ella no es sino fuerte y triste. Nos es permitido hoy expresar que si Flaubert odiaba las predicaciones morales y las efusiones sentimentales, sin embargo las existencias que él impasiblemente despliega ante nuestra vista, nos inspiran finalmente un sentimiento piadoso, y de ellas se desprende una enseñanza. Esa enseñanza, grave y profunda, es el peligro del romanticismo: constatamos cómo las grandes aspiraciones líricas, y las exaltaciones vagas, transportadas a la vida práctica por almas vulgares, pueden producir inmoralidad, caídas y miserias sin grandeza. El invariable romanticismo de Flaubert ha conseguido hacer su análisis más penetrante y seguro; él no hubiera podido darnos tan admirable descripción del *morbus* lírico a no haber comprobado los efectos del mal en sí mismo. Y esos seres vulgares, formas degradadas de la humanidad, nos hieren en nuestro amor propio; nos afligen, y los despreciamos: empero son ellos tan reales, tan vivientes, sufren con tan enérgica intensidad, que adquieren ellos también el triste derecho de representar a la desdichada humanidad y conquistan nuestra piedad,—piedad ruda y lealmente ganada por ellos sin complacencia ni artificio del autor,—suavizando nuestro disgusto, nuestra tristeza y nuestra repugnancia. La implacable ironía del autor desciende sólo sobre aquellos a quienes no castiga la vida, que florecen en su necedad y su bajeza; sobre el feliz, divertido y condecorado Homais, (personaje típico de la gran novela.)”

TEATRO CLÁSICO

NÚMEROS PUBLICADOS

1. El haz de leño, por *Gaspar Núñez de Arce.*
2. O locura o santidad, por *José Echegaray* (agotado).
3. ¡Muérete y verás!..., por *Manuel Bretón de los Herreros* (agotado).
4. La conjuración de Fiesco, por *J. C. Federico Schiller.*
5. Guzmán el Bueno, por *Antonio Gil y Zárate.*
6. Un drama nuevo, por *Manuel Tamayo y Baus.*
7. El gran filón, por *Tomás Rodríguez Rubí.*
8. Edipo, por *Francisco Martínez de la Rosa.*
9. Consuelo, de *Adelardo López de Ayala.*
10. Un enemigo del pueblo, por *Enrique Ibsen.*
11. El hombre de mundo, por *Ventura de la Vega.*
12. Las alegres comadres de Windsor, por *William Shakespeare.*
13. Hernani, por *Víctor Hugo.*
14. La mojigata, por *Leandro Fernández Moratín.*
15. Hamlet, por *William Shakespeare,* (agotado).
16. Padre, por *Augusto Strindberg.*
17. La comedia del amor, por *Enrique Ibsen.*
18. La escuela de los maridos, por *Molière.*
19. El rey Lear, por *William Shakespeare* (agotado).
20. Sainetes, por *Ramón de la Cruz.*
21. El gran galeoto, por *José Echegaray* (agotado).
22. El héroe y el soldado, por *Bernard Shaw.*
23. La vida es sueño, de *Pedro Calderón de la Barca,* (agotado).
24. Mácbeth, por *Guillermo Shakespeare.*
25. En el seno de la muerte, de *José Echegaray.*
26. La fierecilla domada, por *William Shakespeare.*
27. Un milagro en Egipto, por *José Echegaray.*
28. La ciudad muerta, por *Gabriel D'Annunzio.*

29. La intrusa, Los ciegos, Interior, (La trilogía de la muerte.) por *Mauricio Maeterlinck.*
30. Los amantes de Teruel, por *Juan Eugenio Hartzenbusch.*
31. El místico, por *Santiago Rusiñol* (agotado).
32. El mercader de Venecia, por *William Shakespeare.*
33. Aurora, por *Joaquín Dicenta.*
34. La estrella de Sevilla, por *Lope de Vega.*
35. Fausto, por *Cristóbal Marlowe.*
36. Los hijos del Sol, por *Máximo Gorki.*
37. El alcalde de Zalamea, por *Calderón de la Barca.*
38. Otelo, por *William Shakespeare* (agotado)
39. Tierra baja, por *Ángel Guimerá* (agotado).
40. El zapatero y el rey, por *José Zorrilla.*
41. Guillermo Tell, por *Federico Schiller.*
42. La loca de la casa, por *Benito Pérez Galdós.*
43. El cardenal, por *Luis N. Parker.*
44. Casa de muñeca, por *Enrique Ibsen.*
45. Don Álvaro o la fuerza del Sino, por el *Duque de Rivas (Angel de Saavedra.)*
46. Romeo y Julieta, por *William Shakespeare.*
47 En el Puño de la Espada, por *José Echegaray.*
48. Seis personajes en busca de autor, por *Luis Pirandello.*
49. El pan ajeno, por *Iván Turgueneff.*
50. Mar sin orillas, de José Echegaray.
51. La vida y la muerte del rey Juan, por *William Shakespeare.*
52. El honor, por *Hermán Sudermann.*
53. Doña Perfecta, por Benito Pérez Galdós.
54. Locura de amor, por *Manuel Tamayo y Baus*
55. Canción de cuna, por *G. Martínez Sierra.*
56. El rey trovador, por *Eduardo Marquina.*
57. Salomé, por *Oscar Wilde.*
58. María Rosa, por *Ángel Guimerá.*
59. El Alcalde Ronquillo, por *José Zorrilla.*
60. Medida por medida, por *William Shakespeare.*
61. Magda, por *Hermán Sudermann.*
62. La dama del mar, por *Enrique Ibsen.*
63. El rey Galaor, por *Francisco Villaespesa.*

TEATRO CLASICO

NUESTROS PROPÓSITOS

Esta biblioteca está destinada principalmente a las personas que aman la buena literatura. No hay, por lo tanto, en sus editores el menor propósito de especializarse con determinado género de producciones.

Es nuestra aspiración contribuir a la mayor difusión de aquellas grandes obras dramáticas, producidas en todos los tiempos y naciones, que han llegado a ser modelos de factura literaria, de gran ingenio o de admirable versificación; dando cierta preferencia, que creemos justificada, a la original de habla castellana, a fin de que su conocimiento sirva para desarrollar el buen gusto literario y a devolver también su merecida celebridad a muchos autores famosos, relegados entre nosotros a un inmerecido olvido, y que debieran gozar de nuestra consideración por haber sido, y ser aún hoy muchos de ellos modelos y maestros en el decir y escribir.

A medida que desarrollemos nuestro plan, los lectores de *Teatro Clásico* advertirán la forma en la cual iremos poniendo en práctica nuestro objetivo cultural, y esperamos que ellos contribuyan con su crítica o su consejo a su completa ejecución.

Las ediciones de nuestros volúmenes, de 128 páginas, de muy nutrido texto, representan un esfuerzo editorial ponderable, y esperamos vernos ayudados en forma práctica por aquellas personas que quieran ver difundirse en nuestro país el conocimiento de las obras dramáticas que en su época contribuyeron a formar el espíritu y la educación de grandes generaciones.